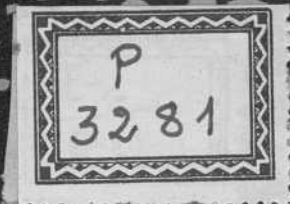


2

88

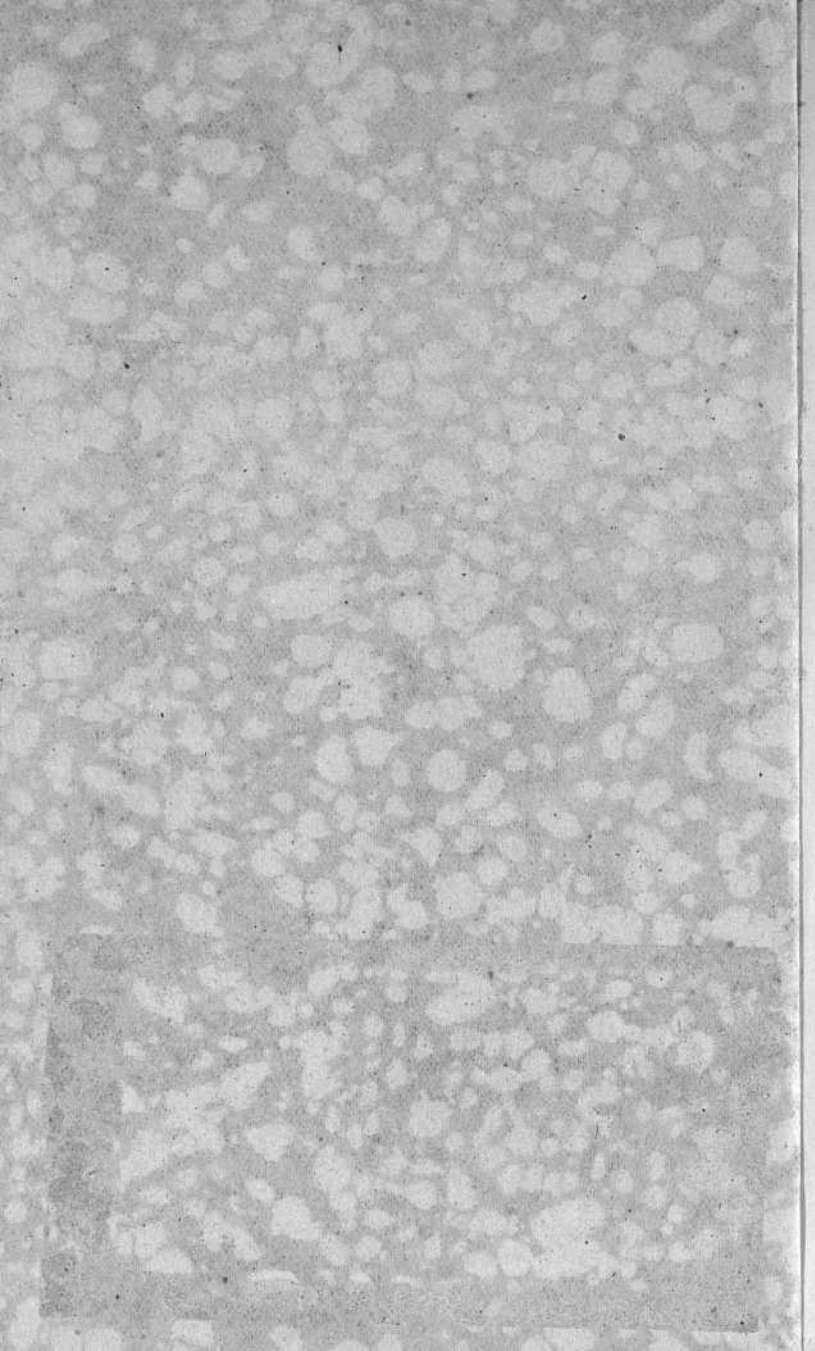


P
3281

B.P. de Soria



61096863
D-2 17588



TRABAJOS Y DÍAS

D-2
47588
96563

$$\frac{11}{3160}$$

~~201123~~

11
201

LOS TRABAJOS Y

DÍAS DE HESIODO. PRIMERA

VERSIÓN QUE HA VISTO LA LUZ EN CASTE-

LLANO, POR MIGUEL JIMÉNEZ AQUINO,

BIBLIOTECARIO DEL SENADO. *Ilustrada con los dibujos de*

FLAXMAN, *fotografiados por CIARÁN.*

B-783

SEGUNDA EDICIÓN CORREGIDA



BIBLIOTECA
DEL
INSTITUTO PROVINCIAL
SORIA

BIBLIOTECA GRECOLATINA





ESTUDIO PRELIMINAR

I

EL poema moral más antiguo que nos ha legado Grecia se titula *Erga kai Hemerai*, que quiere decir en castellano *Trabajos y Días*. Este poema fué compuesto en Beocia, región situada al N. O. del Atica, en la península Helénica, hace más de veintiocho siglos y menos de treinta, sin que sea posible fijar con mayor aproximación la fecha en que floreció su autor.

Todos los datos que tenemos sobre la vida de éste se han tomado del poema *Trabajos y Días*, que hoy aparece en castellano por primera vez (*), pero di-

(*) Después de impresa la primera edición de este libro, el sabio Catedrático D. Julio Cejador me favoreció con una carta, en la que, entre otras cosas, llamaba mi atención acerca de una primera traducción castellana del poema de Hesíodo, que se custodia inédita en la Biblioteca



cho poema no suministra dato alguno por el que puedan deducirse fechas exactas del nacimiento de Hesíodo, ni de la época en que dió a luz su producción.

El padre de Hesíodo era un pobre habitante de Cumas, la más floreciente de todas las ciudades eolias del Asia menor, y metrópoli de treinta pueblos lesbios. Según Strabón, la ciudad de Cumas en Campania era una antiquísima colonia de la de Eólida; pero Veleyo Patérculo hace derivar una y otra de Cumas, la de la isla de Eubea.

En las poblaciones más opulentas anida también

de la Academia de la Historia. El notable crítico y excelente poeta don Enrique Díez Canedo, en un artículo bibliográfico, me lo dijo también, cuando ya conocía yo el manuscrito a que ambos se refirieron. En efecto, existe una traducción anterior a la mía: la del humanista de fines del siglo XVIII, D. José Antonio Conde. No me corresponde a mí, que la he revisado con detenimiento, enumerar los defectos que en ella encontré, pero sí decir que, no habiéndose publicado dicha traducción, considero primera la mía. Sin embargo, he hecho en la portada una corrección que evita equívocos.

Aparte de esto, D. José del Castillo y Ayensa, en su nota a la Oda XLVIII de Anacreonte (Anacreonte. Safo y Tirteo, traducidos del griego en prosa y verso.—Madrid, imprenta Real, 1832), pone traducidos, para que los entiendan los cosecheros de vino que no sepan griego, y se aprovechen de ellos, si les parecen útiles, los versos en que Hesíodo describe la vendimia en su obra de los *Trabajos y los Días*, libro 2.º, versos 233 y siguientes.

Después añade el traductor:

«Las vendimias de Jerez de la Frontera tienen alguna semejanza con éstas de los griegos, pues acostumbran en ellas asolear las uvas después de cortadas, por espacio de dos o tres días, antes de pisarlas en el lagar. Si hubiese en los jerezanos toda la paciencia de los griegos, serían ciertamente sus apreciados vinos mucho más exquisitos.»

José del Castillo y Ayensa (1795-1861), de Lebrija, diplomático, redactor de la *Gaceta* (1838), tradujo algunos de los líricos menores griegos,

TRABAJOS Y DÍAS

la miseria; la tierra no basta a veces para alimentar a todos los habitantes de un rico país, y los vencidos en la lucha de intereses se ven obligados a emigrar. Esto debía ocurrir en Eólida en aquellos días en que el padre de Hesíodo se decidió a expatriarse para asegurar su subsistencia, después de haber probado fortuna en el comercio marítimo sin resultado favorable. Como a causa de su pobreza le sería imposible fletar un barco por su cuenta, es lo más probable que tomase parte en una expedición de emigrantes, que partiría de Cumas para buscar el Archipiélago y las costas de Grecia. Obligados a dispersarse para buscar acomodo, algunos de ellos rodearon el Peloponeso y arribaron al puerto de Creusa en la Beocia. Entre éstos iba el padre de Hesíodo,

Anacreonte, Safo y Tirteo. También es autor de una *Historia crítica de las negociaciones con Roma desde la muerte de Fernando VII*. Madrid, 1859, 2 vols.

Fué Senador del Reino, Consejero real ordinario, miembro de la Real Academia Española y Ministro plenipotenciario cerca de los Papas Gregorio XVI y Pío IX, interviniendo eficazmente en las negociaciones del Concordato. Figura en el Catálogo de Autoridades de la lengua, publicado por la Academia Española.

Castillo y Ayensa fué Senador vitalicio desde 14 de Enero de 1850, en que juró el cargo. Fué discutida su capacidad para Senador porque, teniendo necesidad de acreditar 30.000 reales de renta, una parte de ella la justificaba con una inscripción en el gran libro de la Deuda consolidada al 3 por 100, y la Comisión de Actas consideraba que esto no era renta segura y estable, sino sujeta a tantas y tan frecuentes modificaciones como tienen los réditos de los capitales en dinero. También se puso en duda su categoría de Ministro plenipotenciario, pero al fin fué desechado el dictamen y admitido el Senador. En 1840 había desempeñado interinamente el cargo de Ministro de Estado, alta posición que le duró un solo día (el 19 de Julio).

que, penetrando en el interior del país, acabó por establecerse en la aldea de Ascra, dependiente de la ciudad de Tespias y situada en la falda oriental del monte Helicón. La existencia de esta aldea, nunca floreciente, fué bastante efímera. El escritor Pausanias, del siglo II de nuestra Era, en su *Itinerario de Grecia*, no menciona de ella otros restos que una torre, que se yergue todavía en una eminencia.

Quizás en parte alguna la Naturaleza se haya mostrado más ingrata: aislados del mundo en un valle sin salida, los habitantes de Ascra no podían practicar el comercio ni la industria; no veían por su aldea más extranjeros que algunos devotos que iban de vez en cuando a visitar el templo de las Musas. El refugio que encontraban en su acrópolis contra las incursiones a mano armada de los pueblos vecinos, era una triste ventaja, compensada excesivamente con la esterilidad del suelo. Al Occidente de la fértil campiña tebana, y formando con ella doloroso contraste, se alzaban las primeras estribaciones del Helicón, que iban elevando, en dirección a Ascra, sus flancos escarpados y rocosos; estériles llanos se escalonaban en terrazas montando a lo largo de las pendientes, mientras quedaba sobre la roca viva la más insignificante capa de tierra laborable. Pero pronto cesaba todo cultivo, y sobre la uniformidad de las pardas rocas se destacaba no más la mancha sombría de los abetos y los enebros. Aunque el paisaje no carecía de parte pintoresca, y algunas cañadas apareciesen acá y allá con vegetación abundante, como la de la fuente de Aganipe en las cercanías de Ascra, poblada de colmenas, higueras y almen-

TRABAJOS Y DÍAS

dros, aquella tierra, en general, no se prestaba a la agricultura. Se daba en ella, no obstante, el trigo; se cultivaba también un poco la vid, y los ganados de Ascra alcanzaban bastante fama; pero siempre eran allí penosos y difíciles, en toda estación, los trabajos del campo; en invierno, heladas lluvias alternaban con esos temporales que levanta el viento del Norte, el terrible Bóreas que sopla del fondo de Tracia; la nieve se amontonaba en las estrechuras de los valles y los obstruía aun a medianas altitudes hasta el fin de la primavera; en verano, las tormentas eran frecuentes, los calores sofocantes, el siroco abrasador; y el clima, en fin, era tanto más rudo, cuanto que todas estas temperaturas extremas se sucedían sin transición, mediante bruscos cambios del viento. No podía ser peor la posición de Ascra: situada a una gran altura sobre el mar, expuesta a los rigores del septentrión, era su invierno casi tan riguroso como el de Arcadia; en cambio, en el verano no podía gozar de las frescas brisas marinas, porque el gran macizo de Helicón, con sus 1.750 metros de alto, se las interceptaba por el Oeste.

Vivir miserablemente en un lugar tan pobre, era, sin embargo, mejor que morir de hambre en medio de una ciudad opulenta; y acogido el desterrado de Cumas de Eólida por hombres tan pobres como él, y más inclinados, por ser pobres, a la conmiseración, echó raíces en Ascra, adquiriendo algunos bienes, y se convirtió de navegante en labriego, haciendo en su nueva patria una vida frugal y laboriosa. No se sabe si se casó en Ascra o si habría llevado consigo esposa desde Cumas; pero es lo más

probable que sus dos hijos, Hesíodo y Persa, nacieran al pie del Helicón.

Fué Hesíodo labrador desde su tierna edad. Si la *Teogonía* fuera obra suya, habría que afirmar, además, que apacentó ganados en el monte consagrado a las Musas, «las que, en otro tiempo, inspiraron a Hesíodo un bello poema cuando apacentaba corderos bajo el divino Helicón» (*); pero esta afirmación es muy sospechosa, ya que el poeta, en los *Trabajos y Días*, habla muchas veces como labrador, nunca como pastor, y es muy marcado el interés con que se ocupa en las cosas de los animales de labor, y muy someras las referencias que hace a las cabras y ovejas. Los versos 22 y 23 de la *Teogonía*, como todo este poema, son obra, indudablemente, de un poeta muy posterior a Hesíodo, y que en dichos versos recuerda la notoria fama de éste, aunque no está muy seguro de detalles de su vida, de mediana importancia.

Las relaciones de Hesíodo con la Naturaleza no son las del hombre ocioso que se dedica a contemplarla y admirar la hermosura de los campos, sino la del hombre de labor, que prefiere buscar en la tierra las dulces satisfacciones del trabajo realizado. En sus versos se manifiesta un vivo amor al campo, pero se realza en ellos más el aspecto utilitario de la tierra que su valor ideal, que satisface sólo la imaginación y los sentidos.

Un sabio crítico de nuestros días, a cuyas investi-

(*) *Teogonía*, v. 22.

TRABAJOS Y DÍAS

gaciones en la materia debemos gran parte de las noticias e ideas de este prólogo (*), dice que se representa a Hesíodo con las trazas de un vigoroso labriego, bajo las cuales el realismo de los primeros artistas beocios había de esculpir poco tiempo después las estatuas de los dioses. Hombres campestres son, en su figura, el Apolo de Orcomeno y el de Ptous. Un campo de modesta extensión, una humilde casa de una o dos piezas, sin ningún ornamento, cubierta de un techo de bálago en rápida pendiente, con un granero para guardar las cosechas; éste debía ser el marco en que la vida de Hesíodo, sencilla y monótona, se deslizaba. Las complicaciones de nuestra existencia diaria no podían manifestarse en un pueblo que no conocía ni el uso corriente de la escritura (**), ni otro arte que la poesía épica, ni quizás la moneda de metal. La única perturbación que experimentaba este género de vida, era la que traía consigo cada estación en los trabajos del campo; las lluvias de Septiembre, refrescando el aire abrasador de la canícula, eran la señal de las rudas tareas del invierno; después del hacha, se manejaba el arado; luego, pasados los grandes fríos, la podadera, hoz, los canastos del vendimiador. Hesíodo sembraba, labraba, segaba por sí mismo, semidesnudo en todo tiempo, a veces envuelto únicamente en larga túnica, en recia capa y en una especie de manta im-

(*) Pierre Waltz: *Hésiode et son poème moral*, Burdeos, 1906.

(**) La inscripción más antigua de Tespias, que es de las primitivas, entre las que se conocen, no se considera anterior al siglo VI a. de J. C.



permeable de piel de cabrito; fuertes zapatos de cuero de buey, reforzados con calzas, completaban este atavío, con una gorra de lana, que protegía la cabeza contra los helados chubascos del mes Leneón (*). Unos pocos criados le ayudaban en sus faenas; una esclava soltera y un mozo libre, de cuarenta años, para aguijar el par de bueyes; un niño para manejar la azada. El alimento habitual de esta servidumbre era de los más frugales: un pan, cuyas porciones estaban rigurosamente fijadas:

«Para la comida. un pan dividido en cuatro cuartos, en ocho porciones» (**).

No hay que ver aquí la expresión de una superstición de las cifras fatídicas, como lo creen los comentaristas que traducen: «Debe comer en ocho bocados un pan repartido en cuatro partes (H. Ouvré: *Les formes litteraires de la pensée grecque*). La interpretación nuestra se apoya en los testimonios de Filostrato (*Imag.* II, 26, 2) y de Ateneo (III, página 114 e). La Naturaleza suministraba aditamentos variados a esta comida: raíces, bellotas, miel, etc. Durante la fructífera estación, el patrono repartía alimentos más delicados, para reanimar los cuerpos agotados y enervados por el calor: «vino de Biblos, tortas, queso, carnes blancas, que se comen en una gruta a la hora de la siesta» (***)

(*) Nombre del mes ático Gamelión en el dialecto jónico; corresponde también al Boukatios beocio, y comprendía parte de Enero y Febrero.

(**) *Trabajos*, v. 442.

(***) *Trabajos*, v. 582-596.

TRABAJO Y DIAS

En aquel estado de civilización tan atrasada, cada labriego debía bastarse para satisfacer sus necesidades, y ejercía por sí mismo toda clase de oficios: Hesíodo construía su carro, sus dos arados, su mazo y su mortero de madera, como todavía se observa en Grecia; instrumentos, sin duda, muy primitivos, pero que fabricaba con minucioso cuidado: el carrasco, el olmo, la encina, tenían cada uno allí su empleo distinto, y las dimensiones de las ruedas estaban exactamente determinadas: se comprobaba la longitud de la cuerda que subtiende el cuarto de círculo (apsis, cuarto de yanta), que debía tener próximamente tres cuartas. La única industria bastante adelantada era la cerámica: copas, jarros y vasos de todas clases servían en las casas para los usos más diversos, y eran el único ornamento de las de los pobres. Cuando Hesíodo quiere hacer mención de un oficio, cita el de alfarero.

No se sabe la edad que tuviera Hesíodo cuando murió su padre, dejando un modesto patrimonio, que sus dos hijos tuvieron que repartirse. Estos hijos eran de caracteres diametralmente opuestos. Tanto tenía Hesíodo de austero y laborioso, como Persa, su hermano, de perezoso y frívolo. La vida del campo es, en verdad, fastidiosa para quien no se entrega a ella con toda su alma, y el joven Persa se procuró contra este aburrimiento cuantas distracciones pudo encontrar en Ascra. Ansioso de placeres y enemigo del trabajo, no podían satisfacerle los sencillos goces que alegran la vida del labrador, y se entregó por completo a la ociosidad y a los vicios. Había, sobre todo en invierno, numerosos lu-



gares de reunión, que ofrecían un estímulo a la molice y a la vanidad de Persa: bajo los pórticos bien cubiertos y en torno a las fraguas de los herreros, las gentes ociosas iban a perder el tiempo perorando como verdaderos helenos, y abandonaban sus graneros y sus campos.

Con semejante vida, Persa había adquirido quizás deudas antes de perder a su padre. Incapaz de aumentar su patrimonio por medio del trabajo, concibió, sin duda, la idea de acrecentar fraudulentamente la parte de herencia, que le correspondía; y no pudiendo los hermanos ponerse de acuerdo sobre las particiones, llevaron su pleito ante los magistrados que ejercían en la vecina ciudad de Tespias el poder judicial, juntamente con la autoridad civil. Eran éstos los reyes (Basilées) elegidos por el pueblo, que lo gobernaban más por influjo personal que por leyes preestablecidas. Según Diodoro de Sicilia, eran en número de siete, y Grote, en su *Histoire de la Grèce*, ha puesto en claro sus atribuciones en aquellos tiempos en que aún imperaba el régimen patriarcal y no había sido reemplazado por el de ciudad organizada. Una de las principales facultades de estos magistrados era la de constituirse en el Agora y juzgar los procesos.

En el pleito que sostuvieron los dos hermanos tocó a Hesíodo perder, y la mejor parte de la herencia fué adjudicada a Persa, que había corrompido a los reyes con presentes. No contento con ello el ganancioso, siguió suscitando cuestiones a su hermano, el cual se resistía a someterlas de nuevo a unos jueces venales, e invocaba para resolverlas en

TRABAJOS Y DÍAS

justicia esas

«sentencias rectas
que del eterno Juez son ornamento».

El castigo de Persa vino pronto. Dilapidó lo robado a su hermano, y se encontró de nuevo sin recursos, con mujer y con hijos, a quienes tenía que mantener. Entonces, privado de toda delicadeza, se atrevió a llamar a la puerta de Hesíodo, que aunque le socorrió alguna vez, tuvo, por último, que negarse a sus pretensiones, dándole, en cambio, buenos consejos. Este fué, sin duda, el origen del poema *Trabajos y Días*, dedicado a Persa. Bajo tal aspecto, el poema es una epístola moral.

El destino, injusto primero con Hesíodo, se pronunció al fin a su favor. Mientras Persa llevaba una vida miserable, llamando inútilmente de puerta en puerta, Hesíodo, con su actividad y su energía, rehizo su modesta hacienda, y con sus talentos poéticos se coronó de gloria. En los raros momentos de ocio que le dejaban sus tareas de labrador, su infatigable actividad encontraba un medio de ser empleada (*).

(*) El hombre, instituido por la Naturaleza y consagrado por las conquistas de su inteligencia y de su brazo, rey de su planeta, después de haberse inclinado durante tanto tiempo sobre la gleba, levanta la frente. Ya en pie, se coloca en los confines que separan la vida terrestre de otra vida superior ignorada, y emplea espontáneamente su genio meditativo en concebir esta última. ¡Desdichado! No consigue su objeto, pero al menos, la imagina y la sueña. Este sueño, por el cual aspira a vida mejor, es propiamente la esencia de la poesía y su razón de ser. La poesía tiene por misión suscitar y favorecer aquella aspiración por medio de un lenguaje especial, que hace de ella un arte. Este lenguaje es musical y sostiene el



Los poemas homéricos debían serle familiares. Él oyó muchas veces, sin duda, en fiestas religiosas de ciudades cercanas y en pórticos y fraguas, que tan mal concepto le merecían, a rápsodas y aedas trahumantes recitar los cantos épicos que estaban entonces en boga por toda Grecia, así como los himnos a los dioses y las divinas genealogías y los mitos morales que empezaban a versificar los sacerdotes, y en que los dorios buscaban explicación a los misterios de la vida humana. Estos fueron, dice Pierre Waltz, los modelos en que Hesíodo se inspiró; pero sólo tomó de ellos la forma poética, y no los asuntos. Éstos salieron de la propia vida de Hesíodo, de su conocimiento de la agricultura, de su contemplación atenta de la Naturaleza, de su experiencia de la sociedad que le rodeaba. Sus rencillas con el hermano, testimonio patente de la humana injusticia, los trabajos a que Hesíodo se entrega y que desdeña Persa, proporcionan al primero ocasión de transmitir a contemporáneos y descendientes, a todos los que trabajan y sufren como él, aquello que su experiencia puede enseñarles de provecho. La ciencia de Hesíodo es universal: además del arte de

pensamiento, en sus tentativas de ascensión, sobre las alas de la medida y del ritmo, aunque excluyendo la melodía para no identificarse con el canto, en el cual la expresión emocional destrona al juicio.

El verso, en su función superior, es, pues, el instrumento de la poesía. Tiene por objeto beneficiar la palabra con la expresión musical en toda la medida compatible con la clara inteligencia del sentido, y recíprocamente beneficiar la expresión musical con la precisión que le comunica el lenguaje, especificando por sus causas las emociones y los sentimientos que él le confía. (Sully Prudhomme, «Qu'est-ce que la poésie?» *Revue des Deux Mondes*, 1897. Tomo 143, pág. 603.)

TRABAJOS Y DIAS

cultivar la tierra, conocía también los principios de la navegación, la manera de agrandar a los dioses con prácticas religiosas y las nociones elementales de astronomía en relación con las tareas del campo. Sumando a la tradición sus observaciones personales, Hesíodo ha penetrado mejor que nadie en su época los secretos del cielo, de la tierra y del mar.

II

Entre todos los poetas griegos, Hesíodo es el que ha tenido que sufrir más de los filólogos del pasado siglo. G. Hermann, Lehrs, Götting, Flach, Kirchhoff han despedazado el texto de los *Trabajos* antes de haber comprendido su estructura, y lo han hecho con una torpeza tan brutal, que durante mucho tiempo nadie ha creído posible que se volviese a pensar en la unidad de unos fragmentos tan extrañamente mutilados. Hay que hacer excepciones. La unidad del poema ha sido defendida por Ranke en una disertación de las más notables (*De Hesiodi Operibus et Diebus commentatio*, Göttingen, 1838) y por van Lennep en su edición (1847), cuyo comentario explicativo me parece el mejor que se ha podido escribir sobre los *Trabajos*. Hay también observaciones útiles, aunque las conclusiones sean erróneas, en la disertación de Twisten (*Commentatio Hesiodica*, Kiel, 1815) y en el libro de Steitz (*Die Werke und Tage des Hesiodos*, Leipzig, 1869). Kirchhoff mismo ha visto con acierto en algunos puntos (*Hesiodos' Mahnlieder an Perses*, Berlín,

1889). El más irreductible en esta materia es Lehrs (*Quaestiones epicae*, Königsberg, 1837, páginas 177-252).

Por fortuna, una crítica más sana y más dispuesta a admitir alguna variedad en las formas literarias se ha esforzado, desde hace algunos años, en revisar conclusiones cuya inverosimilitud era manifiesta. Fr. Leo, en un programa publicado en 1894, sin entrar en un análisis detallado de los *Trabajos*, se había pronunciado ya muy claramente por la unidad del poema. Su discípulo Eduardo Lisco, estudiando la leyenda de Prometeo y de Pandora en la *Teogonía* y en los *Trabajos*, llegaba a las mismas conclusiones. Pedro Waltz, con su libro sobre *Hesíodo y su poema moral*, aportaba a la misma tesis argumentos nuevos, que le facilitaba el estudio de las condiciones mismas del género didáctico y de las maneras de pensar propias del poeta. W. Fuss analizaba con cuidado la primera parte de los *Trabajos*, y se dedicaba a probar que los diversos elementos que la componen no podían haber sido unidos sino por el poeta mismo. Eduardo Meyer, en páginas de una vigorosa claridad, mostraba de qué manera Hesíodo adaptó a su predicación moral las antiguas leyendas. Por último, E. K. Rand, en un artículo, cuyo título no es paradójico sino en apariencia (*Horatian urbanity in Hesiod's Works and Days*), se planteaba, poco más o menos, la cuestión siguiente: «¿Cuál ha sido el propósito de Hesíodo al escribir los *Trabajos y los Días*?» Y si este propósito era el de convencer, lo que nos admira en la composición del poema, ¿no será la obra de un de-

TRABAJOS Y DIAS

licado y hábil retórico en presencia de un oyente poco dispuesto a escucharle? (Paul Mazón. Hésiode. *La composition des «Travaux et des jours»*. *Revue des Etudes anciennes* (tomo XIV, 1912, número 4).

En el trabajo mencionado Mr. Mazón se auxilia de todas estas investigaciones para exponer a su vez cómo entiende el poema de Hésíodo; pero ante todo se apoya en las palabras del mismo poeta, y no recurre a los críticos sino en el caso de que éste no hable con bastante claridad. Los resultados de las observaciones de Mr. Mazón me han prestado gran utilidad para redactar las notas que aparecen al final del poema.

III

El genio griego tiene dos fases: la imaginación, que vive en un mundo ideal; la reflexión, que se aplica a las realidades de la vida. Homero representa el primer aspecto, el segundo está representado por Hésíodo (Alfred Fouillée, *Esquisse psychologique des peuples européens*, pág. 15).

Los precursores de Hésíodo fueron los sacerdotes, los adivinos y esos sabihondos labriegos depositarios de una gran parte de los resultados obtenidos por el espíritu griego en su tarea constante de investigación. Pero enfrente de ellos, el trovero asiático no se rendía. También, como ellos, era depositario de preciosos secretos, y si en la epopeya helénica el sacerdote aparece en un plano secundario, si el adivino desempeña un papel confuso y ambíguo, es

porque el aeda, malévolos y celoso, huía de hacer justicia a sus rivales y se creía representante de una doctrina independiente y laica (H. Ouvré, *Les formes littéraires de la pensée grecque*, pág. 70).

IV

La iniciación de la obra literaria de los griegos, es lo más probable que se manifestara en los gritos con que los pueblos salvajes acompañan sus danzas. Algunas sencillas palabras expresivas de actos rudimentarios se añadirían, al cabo, a aquellos gritos y se conservarían para repetir las una y otra vez en los mismos géneros de danzas. Instrumentos rudos, productores de ruidos desagradables, marcarían los ritmos de aquellos bailes y cantos, y echarían los fundamentos del arte de la música. El arte de los pueblos en su origen, todo lo confunde y lo mezcla, y se parece mucho a los juegos de los niños: notas desatempladas, saltos locos, palabras sin sentido.

Pero, poco a poco, los movimientos se van regularizando, los instrumentos se perfeccionan y producen sonoridades. las palabras se nutren de la emoción y de la idea, y entonces aparecen por primera vez los chispazos de un arte compuesto, que más adelante se diversificará.

Por otra parte, el lenguaje articulado se ha ido desarrollando; las combinaciones silábicas van siendo signos de las cosas que los hombres observan en el mundo: sus mismas personas, los instrumentos que inventan y manejan, los fenómenos naturales que aprecian, los animales que con ellos comparten

TRABAJOS Y DIAS

la tierra, van teniendo un nombre. El lenguaje es signo de las cosas, y se va formando a compás de las vibraciones de la inteligencia humana. La reflexión del hombre sobre sí mismo es el origen de la ciencia; por eso se llama reflexión la fuente de donde manan los conocimientos. Aplicada esta facultad al mundo exterior, el hombre va sabiendo cómo son las cosas, y con las palabras designa los seres y sus modos. Ante todo, fija en el lenguaje lo que tiene utilidad para él, aquellos resultados de sus observaciones que han de servir de normas en adelante a los demás. Las primeras manifestaciones de la ciencia y de la filosofía son refranes, son máximas, son reglas de conducta aplicadas a la práctica de la vida.

Pero la escritura no se ha inventado aún; todavía no existe el medio de fijar en la piedra estas normas útiles a los hombres; y el único instrumento que se ofrece para auxiliar a la ciencia, en su afán de conservación, es aquel arte rudimentario que comprendía toda especie de arte. La máxima, para permanecer, se combina con la danza cantada, que suministra el ritmo al lenguaje. Para ello, las palabras se suceden de modo que puedan acomodarse a la música, y nace entonces el verso. En verso se dan las primeras nociones, en verso se eleva a los dioses la plegaria, en verso se dictan los mandatos consignados en las primeras leyes, y el arte se transforma en una serie de fórmulas para alcanzar resultados útiles.

La necesidad obliga a los hombres a luchar con las fieras. y aparece la caza. Luchan los hombres entre sí disputándose las cosas de la tierra y la tierra

misma, y tiene origen la guerra. Y estos hechos reales alcanzan también su representación artística. Los hombres aprenden estrategia, simulando en sus danzas agresiones y defensas, haciendo silbar los rompecabezas en el aire, entrelazando sus pintarrajeados cuerpos. Caen los enemigos vencidos, y esta victoria ficticia parece asegurar el éxito para cuando se presente la realidad guerrera.

La Humanidad se siente débil en medio de la Naturaleza. Hay en ésta fuerzas superiores a las suyas y que no puede vencer; el terror se apodera del espíritu humano, que se siente rodeado por todas partes de peligros reales, sin saber fijamente el punto por donde va a descargar sobre él aquella cólera poderosa que le acecha; en el torrente que se desborda, en el rayo que vibra sobre su cabeza, en el huracán que le arrastra, en el terremoto que conmueve todo su sér, descubre la voluntad de otros seres gigantes que juegan con él, y le anonadan. Entonces aparece el mito, representación de aquellos seres: primero, informe, rudimentario; luego, con la figura de los animales más temibles de la tierra; en último término, con la misma forma del hombre aumentada de tamaño. Es forzoso a la Humanidad congraciarse con estos poderosos seres; la danza cantada le suministra el medio de elevar las primeras plegarias a los dioses. Desde los Vedas hasta las letanías de los hermanos Arvaes, pasando por el lirismo de Pieria, los cantos arcaicos tienen por objeto solicitar el favor divino.

V

De todas las razas que han aparecido sobre la tierra, la raza griega ha sido, probablemente, la mejor dotada. Raza curiosa, ávida de instruirse, amante de la ciencia, aun sin esperar de ella utilidad práctica; inteligente, quizás la más inteligente que haya existido; la que por la fuerza sólo de su inteligencia ha alcanzado el mayor número de verdades; artista, poseyendo un sentido innato de la armonía, de la proporción; apta para desarrollar estas cualidades naturales por medio de la educación (música, poesía, gimnástica, que da a los cuerpos las debidas proporciones); alegre, jocosa, viviendo su vida en plena fiesta, bajo un bello cielo, rodeada de hermosos monumentos; sana, como lo prueban sus obras, a las que ha transmitido un carácter de salud y robustez, que las distingue de tantas otras de las literaturas modernas; espiritual y fina, cuya alma sutil retoza en medio de los matices más delicados del pensar y del sentir (L. Laurent: *Littérature Grecque*).

Los destinos de Grecia han tenido dos causas principales: una de ellas es la afortunada conjunción de dos razas superiores; la otra, la posición privilegiada de Grecia, en un punto en que debían, forzosamente, encontrarse y confundirse las civilizaciones europea, asiática y egipcia. Grecia, el Archipiélago y el Asia Menor han sabido aprovecharse del esfuerzo intelectual acumulado por otra raza. El mar y las islas han ejercido la principal influen-



cia sobre el desarrollo de las facultades de este pueblo, gracias a las comunicaciones que establecieron entre los espíritus más adelantados de aquellas remotas épocas.

El principal resultado de los descubrimientos que se han sucedido en poco más de medio siglo es el de haber disipado el «espejismo oriental». Hoy ya no se cree en el pretendido origen asiático de la civilización greco-italiana. Los pelasgos o cíclopes que construyeron los muros de Tirinto y de Micenas, lejos de venir de Asia, pertenecían a la raza mediterránea, morena, de cráneo alargado, cabellos y ojos negros y talla mediana; hombres que en Italia se llamaron etruscos, en Grecia carios, en España iberos, pertenecientes todos al tipo que en Francia se denomina la raza de Cro-Magnon. La influencia fenicia y oriental vino después; pero el genio griego no se manifestó hasta que los helenos, raza del Norte de Europa, se presentaron en escena. Entonces aparece la Edad heroica de Grecia.

La civilización, notable ya en el siglo xv, antes de J. C., de los pueblos mediterráneos no tenía nada de babilónica, ni de egipcia, ni de siria. Las relaciones marítimas con los fenicios no se establecieron hasta el siglo xiii. La civilización primitiva partió del Centro y Norte de Europa, irradiando en abanico hacia el Mediterráneo. En España e Italia, privadas de contacto con el mundo semítico y egipcio, se mantuvo estacionaria; pero en Grecia, sobre las costas egeas, la rivalidad y el choque de las diversas civilizaciones produjo el movimiento, el progreso, la vida.

TRABAJOS Y DIAS

Preparados de este modo los griegos a recibir las ajenas influencias, sufrieron la incursión de unas gentes que no venían tampoco del Oriente, sino del Norte de Europa. Los helenos descendieron de la Escitia, por el Danubio y las riberas del Adriático, hacia el siglo xvi, antes de nuestra Era. Esta raza, con relación a la indígena, era hiperbórea, y así la denominaron los griegos. Eran hombres rubios, de cráneo alargado y ojos azules. Su cuna también estaba en Europa. Habían sido precedidos en Grecia por los tracios, sus congéneres, dolicocefalos y rubios como ellos, que cinco siglos antes se habían establecido en la Beocia, bajo el Helicón; en la Tesalia, sobre el Parnaso, y en la Pieria, al pie del Olimpo. La lira de Tracia bajaba a resonar en Grecia, y antiguas leyendas representan a los tracios como autores de la cultura griega.

En este período heroico, en que los helenos llegados del Norte entran en escena, el genio griego se emancipa de la influencia oriental y fenicia. Los pelasgos del Peloponeso, país montuoso separado del resto de Grecia, se quedaron rezagados, y no tomaron sino una mínima parte en el impulso de la civilización; pero los de Atenas, mezclados con los rubios helenos, en contacto con el mar, y por las vías de éste con el mundo conocido, desarrollaron todas las cualidades de aquellas dos razas superiores. A la cabeza de los viejos pelasgos, los helenos luchan contra los semitas extranjeros, que tenían otra constitución cerebral, lengua de otra familia, costumbres opuestas, alma dura y cruel, y religión más fanática; contra aquellos fenicios, navegantes y



mercaderes, más que colonos, que habían traído la civilización de Caldea, Siria y Egipto, por los cuales sentían un odio profundo, y a los que lograron eliminar completamente.

Es increíble el número de disertaciones relativas al clima de Grecia, por las cuales se ha querido explicar la sorprendente superioridad del genio griego. Sin embargo, la razón del clima es insuficiente. Las cualidades de los griegos nacen más bien de la raza y del desarrollo cerebral. Pueblos que han tenido clima análogo, como los ligurios, no han sido artistas. En cambio, los griegos han poblado todas las costas del Mediterráneo, y en todas partes han mostrado cualidades análogas. La inteligencia y la actividad del griego se han ejercido perpetuamente en el mar con las fatigas propias de la navegación; en la tierra, con la variedad del suelo y de los climas, por la necesidad de utilizar la menor parcela en un país medianamente fértil. Esta es la verdadera influencia del clima y del terreno. En cuanto al aspecto que Grecia ofrece a las miradas, todo lo que de ella puede decirse es que favorece a las percepciones netas y claras; que graba en la imaginación formas luminosas y concretas; que sugiere en el alma el gusto y el sentido de la proporción de un modo natural, como lo sintieron los griegos. Nada inmenso ni confuso les incitaba a vagas fantasías. Doquiera el sentimiento de lo finito se imponía sobre el de lo infinito. (Alfred Fouillée: *Esquisse psychologique des peuples européens*, págs. 1 a 12.)

Cuando este pueblo llegó al apogeo de su civilización, se encontró dotado de un idioma rico en pa-

TRABAJOS Y DIAS

labras, tanto por el número de ellas como por la facilidad de componerlas entre sí indefinidamente; idioma claro, gracias a la multiplicidad de sus formas y á la flexibilidad de la sintaxis, apto para las discusiones filosóficas más profundas y sutiles; lengua sonora y armoniosa, cuya belleza contribuirá poderosamente al brillo de la poesía y de la elocuencia; fácil, libre de trabas en la construcción y el orden de las palabras, de modo que la idea se mueve en ellas como sin esfuerzo; delicada (gracias especialmente a las partículas) y poseedora de medios de expresión para los más finos matices del pensamiento, que las lenguas modernas no pueden expresar.

Con este instrumento tan perfecto a su disposición, el pueblo griego producirá admirables obras maestras; y aunque sea muy difícil comparar entre sí las diversas literaturas conocidas, parece que ninguna ha vencido en belleza a la literatura griega, ni ha podido igualarla.

Por lo menos, tiene un carácter que la distingue entre todas: es espontánea. Los romanos la han imitado, los pueblos modernos han imitado a su vez a Grecia y a Roma. Epopeya, tragedia, comedia, poesía lírica, poesía bucólica, retórica, historia, diálogo, todas estas palabras son griegas, y cada una designa un género literario nacido en el suelo helénico, y que en él ha alcanzado su perfección. (L. Laurent, obra citada.)

VI

Las primeras noticias que tenemos de manifestaciones de la poesía en Grecia se refieren a la lírica. Los nombres de los semidioses Orfeo y Anfión simbolizan aquellos cantos primitivos. Los acentos de la cítara fascinan a los animales, desarraigan los árboles y mueven las piedras de las montañas, que van por sí solas a colocarse formando murallas. Los primeros poetas son tan imaginarios como los dioses.

Las fecundas iniciativas de los poetas narrativos anteceden a los aedas pierios, con sus plegarias a los dioses y sus letanías; el peán ó himno a Apolo tiene por objeto solicitar el favor de este dios; el himeneo, destinado a acompañar las marchas nupciales al son de la forminge; el treno, que cumplía análoga misión en los cortejos funerales; los cantos mágicos, que tenían la virtud de curar las heridas. En todos estos himnos la danza es una parte esencial de la ceremonia. El ritmo es soberano: él hace posible la unión de las voces y evita el desconcierto. Pero a medida que el elemento intelectual contenido en las palabras va adquiriendo importancia, la danza desaparece, la tiranía del gesto se hace menos absoluta. En el treno y en el canto mágico su papel es muy subalterno. El poeta inspirado permanece inmóvil, y sólo las sonoridades de su forminge comunican el entusiasmo y gobiernan el mundo.

Estas primeras odas tienen, ante todo, un carácter práctico y religioso: los aedas pierios son sacer-

TRABAJO Y DIAS

dotes. Sus obras, destinadas por entero a producir la emoción, no tienen por objeto ninguna enseñanza, ni aun la caprichosa de la mitología. Su papel consiste en agradar a los dioses o a los hombres, no en disipar las tinieblas del universo. La ciencia comienza gracias al adagio. El pensamiento común se condensa en aforismos, que se incrustan en la memoria, porque en ella deben estar para resolver los problemas de la vida diaria. Tenemos idea de estas máximas por Hesíodo, que ha recogido muchas de ellas. El tesoro de la sabiduría legendaria está lleno de riquezas de diversos órdenes: consejos para evitar enfermedades, para podar las viñas, para no irritar a los inmortales, para cortarse las uñas de un modo conveniente; indicaciones sobre los días laborables, las tareas reservadas a ciertas estaciones, el momento oportuno de elegir esposa y el medio de encajar bien las duelas en un tonel.

La danza nada tiene que hacer en esta enseñanza utilitaria, que cumplirá mejor su fin rechazando el aparato exterior. De la música misma no guarda sino el ritmo en una forma especial. El recitado con cadencias agudas o graves sería demasiado embarazoso para frases que están a cada minuto en boca de todo el mundo.

Estos preceptos representan a la vez, y de un modo confuso, la ciencia, la técnica del arte, el derecho y la moral de las épocas arcaicas. No tienen nada emotivo, pero enuncian ideas o dan órdenes. Estos aforismos poco musicales tienen valor, sobre todo, por su oposición a la oda, y parece que contienen el germen de la prosa. Pero por sí mismos no

llegaron al término de su evolución. Para ver al adagio prosperar y acrecentarse, hay que buscar ejemplos en otros pueblos. Menos especulativos que los helenos, y en relación más inmediata con la vida social, hebreos y romanos se esmeraron mucho más en las sentencias de la sabiduría primitiva. Con poco trabajo se soldaron estos preceptos, y se hizo de ellos repertorios o códigos, Levítico, Deuteronomio, Doce tablas. Pero los antepasados de Aquiles tenían otras ambiciones. Más imaginativa, más creadora, su ciencia fué primero el mito, después la epopeya. La epopeya es la que, por alteraciones progresivas, llegó a convertirse en la obra en prosa, y una influencia épica fué la que juntó los aforismos esparcidos y les dió consistencia. De este cruzamiento nació la poesía didáctica, cuyas primeras manifestaciones en Grecia son las obras de Hesíodo.

La poesía épica es anterior, sin duda alguna, a la didáctica: ésta tomó de aquélla la forma material del verso y mucha parte de su espíritu. En el orden lógico, Homero es anterior a Hesíodo, si es que también no lo fué en el cronológico, que es lo más probable. Al menos, aedas épicas fueron los que precedieron a ambos.

VII

Aparece citado en el poema de Hesíodo un hecho histórico, único por el que podría deducirse la fecha exacta, o muy aproximada, en que vivió el poeta y en que compuso su poema. Tal es la muerte de Anfi-

TRABAJOS Y DIAS

damante, a la que siguieron los juegos en que ganó Hesíodo su trípode de asas. Pero la época de dicho personaje no está bien determinada. Los antiguos cronistas fijaban su muerte, poco más o menos, a los ciento setenta años de la destrucción de Troya, que se verificó, según Herodoto, en 1260 antes de J. C.; según los mármoles de Paros, en 1209, y según Eratóstenes, en 1184. Esta cronología retrotrae la vida de Hesíodo, por lo menos, al siglo x. Mas la crítica moderna, fundándose en un texto de Plutarco, coloca la muerte de aquel Rey de Calcis hacia la XXX Olimpiada (660 antes de J. C.), en cuyo caso Hesíodo es del siglo vii. A mayor abundamiento, los versos de los *Trabajos* que se refieren a Anfidamante han sido considerados apócrifos por Plutarco, y con él por los modernos comentaristas.

Los antiguos no estaban de acuerdo acerca de la cronología hesiódica: unos creían a Hesíodo anterior a Homero; otros, posterior, y algunos, contemporáneo. Hoy nadie duda en considerarle posterior al autor o autores de los poemas homéricos, compuestos, al parecer, en los siglos x y ix antes de nuestra Era. Numerosos pasajes de la *Ilíada* y la *Odisea* han sido imitados en los *Trabajos*: el estilo y lenguaje de Hesíodo prueban que se ha inspirado constantemente en la poesía homérica. El problema delicado que tuvo que resolver Hesíodo es el de tratar un asunto moral con elementos tomados a la epopeya, y a centenares se cuentan en los *Trabajos* estos elementos; a veces es un verso entero el que se reproduce textualmente; otras, es un fragmento de hexámetro, que coloca Hesíodo en el mismo lu-

gar, generalmente al final de un verso; muy a menudo el mismo epíteto aparece aplicado al mismo nombre sacado de los poemas homéricos. Estas reminiscencias, conscientes o no, se encuentran a cada página, y son el recuerdo evidente de versos que Hesíodo había oído cantar y aprendió de memoria. Tan frecuente es en él este procedimiento, que si quisiéramos rechazar las imitaciones, como interpoladas después en la obra hesiódica, habría que considerar como apócrifo el poema entero.

Pero, ¿no podrán ser los poetas épicos los que hayan tomado de Hesíodo versos, hemistiquios y epítetos? El dialecto común a unos y a otro, con su predominio de color jónico, bastaría a probar que Hesíodo, *el Beocio*, hijo de un eolio de Cumas, es el imitador y no el modelo; pero no es esto solo. El espíritu que anima los versos de Hesíodo es, indudablemente, más moderno que el de la epopeya homérica: el poeta no canta hazañas de guerreros ni aventuras maravillosas, sino las artes de la paz, los trabajos del labrador, pegado al terruño que cultiva. Se acabaron las historias de reyes matadores de hombres; ahora viene la del pueblo que lucha contra la miseria. La Edad heroica había pasado, y para Hesíodo no era más que una época lejana.

Las costumbres que describe Hesíodo no son, pues, las de los tiempos homéricos; pero aún les falta mucho para pertenecer a la época histórica. Los conductores de pueblos no son ya conquistadores, pero tampoco aún jefes de clan: la defectuosa organización social, la ignorancia de las artes, prueban que los versos de Hesíodo son anteriores a la

TRABAJOS Y DIAS

época en que, regidas las ciudades por leyes bien establecidas, componen un conjunto armónico, en el que cada cual tiene su papel claramente definido. Hesíodo es un labrador que al mismo tiempo hace de leñador, carretero y carpintero: aún no se ha establecido la división del trabajo social. Los instrumentos que cada labriego fabrica para su uso personal son, en verdad, muy primitivos; pero la construcción de arados y molinos ha variado muy poco en el curso de la civilización antigua: el arado, de una pieza, formado de un tronco de árbol, provisto de dos ramas, es, sin duda, el modelo más antiguo; pero los labradores italianos aún se servían de él en el siglo de Augusto; por otra parte, Hesíodo conocía ya el arado más complicado, que los griegos no han cesado de emplear, compuesto de la pieza principal, la esteva, el timón y el dental, donde entraba la reja. En cuanto al rudimentario aparato que Hesíodo tenía para moler el grano, y que se componía de mortero y pilón, aún se usaba en tiempo de Plinio, siendo así que la muela era nombrada ya en la epopeya homérica; de modo que de estas descripciones de instrumentos ninguna indicación precisa puede sacar la cronología. Es, pues, sumamente difícil determinar el tiempo en que Hesíodo escribió. El misterio que envuelve su existencia sería incomprendible, si la misma antigüedad del autor no suministrase una racional explicación; cuando el recuerdo de Hesíodo no está ligado con ningún hecho importante conocido, es prueba de que vivió durante aquel período oscuro y confuso que precedió a los albores de la Edad política; pe-

río de transición que a la vez fué desdeñado por la leyenda, y dejado en sombras por la Historia. Y si tenemos en cuenta el tiempo que debió ser necesario para que los cantos homéricos, al menos los más antiguos, se esparcieran hasta penetrar en la Grecia central, estaremos en el derecho de suponer que la mayor parte de la vida de Hesíodo transcurrió durante la primera mitad del siglo VIII antes de nuestra Era. (*Pierre Waltz*, obra citada, páginas 35 a 39.)

VIII

La antigüedad atribuyó a Hesíodo un cierto número de poemas épicos y religiosos, que sin duda fueron compuestos para ser recitados en las fiestas de Tespias y de Orcomena, como hacían los aedas con las rapsodias épicas, que Hesíodo tenía por modelo. En una ocasión, también el poeta se embarcó para tomar parte en Calcis, capital de la isla de Eubea, en los certámenes fúnebres hechos en honor del príncipe Anfidamante. De allí volvió cubierto de fama, llevando consigo, como premio de su victoria, el trípode de asas que consagró a sus inspiradoras las Musas del Helicón.

A pesar de estos triunfos, no dejó Hesíodo de habitar su campo de Ascra, ni abandonó por ello el cultivo de sus tierras; demasiado apegado al terruño, no pudo renunciar a él por completo. Como todos los labriegos, era hombre muy metido en su casa y poco propicio a salir de ella; atravesar la Beocia desde Ascra a Aulis, y desde allí pasar el estrecho de Euripo en un barco, parecía a Hesíodo un

TRABAJOS Y DIAS

larguísimo viaje, que no pensaba repetir nunca. Se cuenta que en Delfos fué excluído de un concurso porque no sabía acompañarse con la cítara. Esta tradición, aunque poco fundada, tiende al menos a demostrar que los versos de Hesíodo no eran cantados, sino recitados.

Algunos críticos han supuesto que Hesíodo, después de componer los versos en que habla de su pleito y de la venalidad de los reyes, no pudo permanecer en Ascra. Porque, ¿cómo le sería posible continuar viviendo, sin ser perseguido, en aquel territorio administrado por reyes, a quienes había llamado devoradores de regalos (Δωροφάγοι)? Esta opinión ha sido sostenida por Bergk y Fick, que no han tenido en cuenta, al defenderla, el carácter especial de la magistratura de que se trata.

Aquella realeza no tenía nada de inviolable; los reyes eran unos jefes elegidos voluntariamente por el pueblo, y sólo gobernaban en tanto mantenían los prestigios que les habían elevado. Su autoridad se desmoronaba en el punto en que perdía su fundamento moral. Por otra parte, para los griegos de aquella remota época, era el poeta, casi al par que sacerdote, un hombre divino, un personaje respetable, contra el cual hubiera sido peligroso indisponerse. Véase a este respecto la consideración de que aparecen rodeados en la Odisea, Femio y Demodoco, llamados por Homero los divinos aedas. Por último, la libertad, y hasta la intemperancia del lenguaje, no tienen nada de anormal en el pueblo griego, y de ellas ofrece muestras en nuestros días. E. About, en su obra *La Grèce contemporaine*, cita



el hecho de un ministro que, interpelado y censurado en la vía pública por un menestral, se limita a reprobarle sus ofensas, sin llevar su indignación más adelante.

No es probable, pues, que Hesíodo abandonase la Beocia para establecerse en la Lócrida, como supone Friedel, ni tampoco que fuese a morir a Oenoë, pueblo de este último país, según admite con excesiva facilidad el incrédulo Fick, a pesar de su habitual escepticismo. La tradición, aunque mantenida por todos los antiguos, Tzetzes, Plutarco, Pausanias y otros, peca de exceso de fantasía para que pueda ser aceptada. Según ella, Hesíodo fué muerto en una emboscada por dos jóvenes de Lócrida, Anfifanes y Ganictor, a cuya hermana, llamada Ctime-na, había seducido el poeta; de esta unión nació otro poeta, Estesícore; y en esta genealogía, tan propia del genio griego, que tiende a esclarecer los orígenes de los hombres famosos, se reconoce el fundamento de toda la fábula tan fantásticamente inventada y tan crédulamente admitida. Otros suponen que Hesíodo, inocente, fué ejecutado en lugar de un verdadero culpable, Melesias, compañero del aeda. Así lo asegura Plutarco, aunque, según Pausanias, había partidarios de la culpabilidad de Hesíodo. El cadáver de éste, arrojado a un río, recogido después por delfines y descubierto por los habitantes de la Lócrida, fué sepultado en el bosque sagrado de Nemeion, como un oráculo había predicho. Más tarde, con arreglo a las prescripciones de la Pitia, los naturales de Orcomena hicieron buscar sus restos y los colocaron en un túmulo que al efecto elevaron. Es

TRABAJO Y DIAS

muy posible que esta leyenda deba su origen a la forma de túmulo de una roca, como las numerosas tumbas de Rolando en los Pirineos. Lo cierto es que la de Hesíodo, en Orcomena, llevaba un epitafio, que necesariamente sería muy posterior a la época en que el poeta floreciera, epitafio que Pausanias atribuye a Quersias. Por otra parte, Plutarco, bajo el testimonio de Proclo, cita todavía otra tumba de Hesíodo en el mismo pueblo de Ascra.

A falta de indicaciones más seguras concernientes al fin de su vida, dice Pierre Waltz, nosotros imaginamos, desde luego, a Hesíodo terminando su existencia como la había pasado toda entera: sin cesar en sus tareas de cultivador y de poeta más que para gozar de un reposo definitivo, bien ganado, por su actividad infatigable. Si la Naturaleza escuchó al fin sus votos, debió vivir mucho tiempo entre un hijo ya bien granado y otro que crecía a los ojos del anciano. Su reputación de labrador experimentado, de sabio y de poeta, le daba, entre sus conciudadanos, una influencia y un ascendiente que nadie discutía. Sin duda, las gentes llegaban con frecuencia a consultarle, apelando a su saber y a su prudencia; sus consejos orales debían asemejarse a sus versos: un tono imperativo, una forma a veces deliberadamente misteriosa, que se imponía de un modo singular al alma sencilla de los campesinos; un respeto casi religioso hacia el hombre inspirado por las musas, debía mezclarse a la admiración que producía su genio, en aquel tiempo en que la ciencia estaba un poco confundida con el arte de adivinar. Él mismo debía hallarse persuadido de que estaba en posesión

de la verdadera sabiduría, inspirada por los dioses. Era, en realidad, un labriego de costumbres puras y de alma enérgica, un cultivador experimentado y un juicioso observador; pero su vida era en extremo sencilla, se había deslizado en un círculo muy reducido; y su poesía no pudo nunca componerse sino de sus recuerdos personales. Para exhortar al bien a sus oyentes, no tenía otra enseñanza que darles sino la de contarles su vida, con sus trabajos, con sus sinsabores, pero también con toda su dignidad. Por esto, bajo la fría impersonalidad de las sentencias morales, se puede constantemente descubrir en la obra de Hesíodo una imagen de su vida o un eco de los sentimientos que le animaban.

IX

No hay en Grecia un solo poeta que haya empleado, exclusivamente, las palabras del lenguaje vulgar. Por lo que toca al poema *Erga kai Hemerai*, basta leer un trozo cualquiera para observar que Hesíodo hace uso constantemente de expresiones homéricas. En una época en que la lengua no había acabado su evolución, ni estaba definitivamente constituida, había poco vocabulario donde escoger; y cada autor, obligado, por causa de sus creaciones, a aumentar el propio caudal, utilizaba cuanto podía las innovaciones de los que le precedieron.

Pero en el poema de Hesíodo la materia de las descripciones difiere de las narraciones épicas; los asuntos están tomados de la vida familiar, no son ya las hazañas de héroes; por otra parte, las aprecia-

TRABAJOS Y DIAS

ciones morales, frecuentes en la epopeya, pero accesorias, toman en Hesíodo un carácter principal y se enriquecen con multitud de nuevas ideas. El género didáctico exige en el estilo una precisión lógica que no se encuentra, por regla general, en el heroico. Los adjetivos homéricos expresan cualidades tan permanentes y generales, que en todos los casos el mismo epíteto se aplica al mismo nombre, y el calificativo acaba por formar un solo cuerpo con el sustantivo, no teniendo aquél otro valor que el de amplificar la elocución y aumentar su sonoridad. Estas condiciones de lenguaje convienen mucho a los poemas que tienden a impresionar la imaginación; pero no tanto al carácter exhortativo de los poemas morales, en los que cada detalle debe tener su utilidad práctica. Y aunque Hesíodo no abandona en absoluto estos procedimientos, y aunque copia en sus versos las frases hechas, y aplica a cada divinidad el epíteto de sus atributos, tantas veces sancionado por la épica, su espíritu utilitario no se acomoda del todo a esta redundancia baldía, y empieza a conceder al adjetivo una nueva misión: la de precisar y concretar la significación del nombre, la de añadirle algún accidente nuevo que no conviene a todos los de su especie. En Hesíodo el suelo es *fértil* para los justos; en verano *hieren* los rayos del sol, y en invierno hay que abrigarse con capas *talares*. Un ejemplo aclarará la diferencia entre Homero y Hesíodo: el primero llamará en toda ocasión al mar el *oscuro* ponto, aunque no haya razón alguna para suponer las olas más sombrías que de ordinario; en cambio, cuando Hesíodo emplea este

adjetivo es para evocar el aspecto peligroso del mar en el otoño, añadiendo al epíteto una intención didáctica: la de advertir del peligro a los marineros imprudentes. El valor pintoresco de aquella palabra se ha modificado profundamente en boca de Hesíodo: ahora contiene una enseñanza.

X

El análisis de la obra de Hesíodo es largo de hacer, y nos llevaría muy lejos si pretendiéramos exponer ante los lectores todo lo que la moderna crítica ha adelantado en el conocimiento del alma y de la forma del notabilísimo poema. Pero mi objeto no es el de producir obra científica, sino sencillamente el de vulgarizar en castellano los *Trabajos y Días* de Hesíodo, dando a conocer algo de su hermenéutica, para lo cual he aprovechado los resultados de ajenos desvelos. (También hay una parte de observación propia en mi trabajo, y quiera Dios no se dé a conocer por su poco valor.) Creo, sin embargo, que lo apuntado es suficiente para que el lector se dé cuenta del estado actual de las investigaciones críticas acerca del poema moral, cuya importancia es hoy universalmente reconocida. Sólo añadiré que las diferencias entre el estilo, la sintaxis y la versificación empleados por Hesíodo con relación a los de Homero, están admirablemente tratadas en la obra de Pierre Waltz, a que tantas veces me he referido. Allí pueden encontrar las personas estudiosas todas las ampliaciones que no caben en la índole de mi trabajo.

TRABAJOS Y DIAS

Para completar éste, con alguna utilidad en beneficio del lector, que así podrá comparar, hasta donde sea posible en una traducción, los caracteres y procedimientos de ambos géneros de poesía (homérica y hesiódica), pongo a continuación una de las más bellas escenas de *La iliada*: la

DESPEDIDA DE HÉCTOR Y ANDRÓMACA

Héctor, después que habló, fuese agitando su penacho en el aire. Y a su casa, que tanta gente habita, llegó pronto; pero allí no está Andrómaca, su esposa, la de los blancos brazos, porque entonces, con su hijo y una esclava revestida de lindo peplo, en la muralla estaba llorando y lamentándose. Como Héctor dentro no hallaba a su excelente esposa, se paró en el umbral cuando salía, y hablando a sus esclavas, dijo: «Vamos, pronto, decidme la verdad: ¿adónde está la blanca Andrómaca? ¿Ha salido a ver a mis hermanas y cuñadas, que hermosos peplos ciñen? ¿Ha ido al templo de Atenea quizás, en donde ahora de la diosa de espléndida melena troyanas mil aplacan el enojo?» La servicial ama de llaves, luego a su vez contestó: «Ya que me mandas decirte la verdad, Héctor, ni ha ido a ver a tus hermanas, ni a las tuyas, que hermosos peplos ciñen; ni fué al templo de Atenea tampoco, donde ahora de la diosa de espléndida melena mil troyanas aplacan el enojo. A la gran torre fué de Ilión; le han dicho que estaban los troyanos en aprieto ante el ímpetu aquivo irresistible,

y aceleradamente a la muralla
 ha ido como una loca. Va con ella
 la nodriza del niño. La sirvienta
 dijo así. Y apenado, de su casa
 Héctor salió, camino desandando
 por barrios populosos. De la urbe
 magna a través, junto a la puerta Esquea
 llegó (que era por donde al campamento
 tenía que salir); pero en tal punto
 corrió a su encuentro una mujer; la misma
 que rica dote le llevó, la blanca
 hija de Etión el grande, aquél que en Tebas,
 al pie del Placo montuoso un día
 imperó sobre Quílicos varones.
 Y Andrómaca, su hija, dada en nupcias
 a Héctor fué, el de armadura reluciente.
 Y ella es ahora quien le sale al paso,
 y con ella la esclava, que en el pecho
 llevaba un tierno infante, de Héctor hijo,
 lindo como una estrella. Le dió el nombre
 de Escamandrio, su padre; pero todos
 le llamaban Astíanax, rey de la urbe,
 por halagar a Héctor, que amparaba
 él solo la ciudad. Héctor, al verle,
 en silencio miróle sonriendo.
 Junto al marido, en lágrimas bañada,
 y apretándole Andrómaca la mano,
 empezó a hablar diciendo: «¡Encanto mío,
 tu arrojo temerario ha de perderte:
 ¡lástima no te da de un hijo tierno,
 ni de mí, infortunada, que tu viuda
 pronto seré? ¿No ves que los aquivos,
 todos cayendo sobre ti, muy pronto
 te matarán? ¡Cuánto mejor sería
 al quedarme sin ti, que bajo tierra
 quedase yo, pues para mí consuelo
 jamás habrá después, cuando la muerte
 se apodere de ti, sino amargura!
 Ya no tengo yo padre, ni tampoco
 madre a quien venerar. Mató el divino

TRABAJOS Y DIAS

Aquiles al primero, entrando a saco
a Tebas, la de muros de altas puertas,
populosa ciudad de la Cilicia.
Mató Aquiles a Etión, mas tuvo a honra
su cuerpo respetar, sin despojarlo;
y le quemó con sus labradas armas;
y un túmulo elevó sobre él; y en torno
los olmos de las Ninfas Oréades,
hijas del dios de la égida, nacieron.
Siete hermanos, habidos en mi casa,
bajaron de una vez los siete al Orco.
A todos dió la muerte el mismo Aquiles
en su veloz carrera entre los bueyes
de tardos pies y las ovejas blancas.
Y a mi madre, que al pie de la ladera
reinó del Placo montuoso, trajo
con un rico botín: rescate enorme
costó su libertad; mas, ya en su patria,
Artemisa, que goza con las flechas,
la hirió en el corazón. Hector, ahora,
tú para mí eres padre, y eres madre
que debo venerar, y eres hermano,
y, en la flor de la edad, marido mío!
Muévete, pues, a compasión, y queda
en la torre conmigo. Si: no vayas
a un niño a dejar huérfano, y viuda
a una mujer. Coloca tus soldados
cerca de esas higueras, que es por donde
fácil a la ciudad será el acceso
y fácil el asalto a la muralla.
Tres veces nos pusieron en peligro,
viniendo por aquí con tropas, ambos
rudos guerreros Ajax, y el i-signe
Idomeneo; y con los dos Atridas,
el hijo de Tideo, el gran Diomedes.
O alguien les avisó que los augurios
conocía muy bien, o ya su propio
natural impulsólos al asalto.*
Y Héctor el grande, el de flotante crencha,
habló a su vez a Andrómaca: «Es muy cierto

que a mí también tus miedos me preocupan,
 mujer; pero, por graves que ellos fueren,
 ¿con qué cara me muestro a los troyanos
 y a las troyanas de talaes peplos,
 si desde lejos el combate evito
 como un cobarde? Ni eso a mí me dicta
 mi corazón, porque aprendí a ser fuerte,
 y en las primeras filas, con mis teucros,
 siempre luché, en respeto a la alta gloria
 de mi buen padre, y al renombre mío.
 Fijo tengo en la mente y en el alma
 que un día ha de llegar en que perezcan
 la sacra Ilión, y Príamo, y un pueblo
 que es tan diestro en el uso de la lanza.
 Pero no es mi temor de lo futuro
 tanto por el dolor de los troyanos,
 ni de la misma Hécuba y del mismo
 rey, ni de mis hermanos, que en el polvo
 vigorosos caerán bajo las plantas
 de odiados hombres, cuanto por tu duelo
 el día en que un aqueo de loriga
 de bronce, te haya de llevar, amargo
 llanto vertiendo, y te arrebate al soplo
 del aura libre; en Argos te condene
 a tejer telas de una extraña, y agua
 de la fuente Meseida o Hiperea
 lleses a tu pesar; pero la dura
 necesidad se impone. Y algún día
 alguien dirá, deshecha al verte en llanto:
 «Esta fué la mujer de Héctor, que era
 el que más distinguióse entre los teucros
 domadores de potros que luchaban
 cerca de Ilión. Alguna vez a alguno
 esto has de oír; y para ti una nueva
 pena hallarás en la imposible ansia
 de aquel marido, que, a vivir, podría
 de la vida servil sacarte él solo.
 Y antes la tierra amontonada cubra
 mi cuerpo bien, que oír yo tus clamores
 y ver tu afrenta pueda.» Y dicho esto,

TRABAJOS Y DIAS

Héctor insigne adelantó los brazos
y fué el niño a coger; pero su hijo
se hizo atrás, y gritando, junto al seno
apretóse del ama, ante la vista
horrorizado de su padre, al bronce
temiendo y al penacho alborotado
de la cola de potro aterradora
que veía flotar en la cimera.
Y el padre amante sonrió, y la madre
adorable también. Y pronto el casco
Héctor, radiante de esplendor, quitóse,
y reluciente lo depuso en tierra.
Y luego que hubo dado a su hijo besos,
y zarandeado le hubo entre sus brazos,
dijo implorando a Zeus y a los dioses
todos: «¡Zeus y demás dioses! ¡Que este hijo
se haga entre los troyanos tan ilustre
como yo, e igualmente respetable
por su valor; que inerre poderoso
sobre Troya, y que ninguno diga un día:
«En verdad que es más fuerte que su padre»
al verle regresar de la batalla
con sangrientos despojos de enemigos
muertos por él, y el alma regocije
con ellos de su madre!» Y dicho esto,
al niño puso en manos de su amada;
y en aquel seno que trasciende aromas,
le recibió la madre, que aún reía
al sentirle llorar. Y conmovido,
al verlos, el varón, acariciaba
con la mano a su esposa, y estas frases
le iba diciendo: «Hermosa, no te apenes
deñasiado por mí, que ningún hombre
al Orco me enviará, contra mi sino.
En cambio, nadie existe que burlarlo
consiga, ni cobarde, ni valiente,
de todos los nacidos. Pero a casa
vuelve, y pon atención en tus negocios,
la rueca y el telar, y que las siervas
su cometido cumplan. Y estas cosas



de la guerra se quedan para hombres,
y a los varones en Ilión nacidos
tocan, y a mí el primero. » Y acabando
tales cosas de hablar, el refulgente
Héctor recoge de la tierra el yelmo
empenachado con la equina cola.
Y su amada mujer va hacia su casa,
volviéndose a mirarle muchas veces,
y derramando en abundancia llanto.
Poco después a las mansiones, llenas
de siervos de Héctor, matador de hombres,
llega; y encuentra dentro a sus esclavas,
y a todas contagió con sus sollozos.
Y todas en la casa, vivo Héctor,
llorándole ya están, porque creían
que no puede volver ya sano y salvo;
que ya escapar no puede de las lanzas
y las manos hostiles de los griegos.

Virgilio se envanecía con el título de imitador de Hesíodo, lo cual es buena prueba de la consideración de que el alto poeta gozaba en el siglo de oro de la literatura latina. Para Virgilio y sus contemporáneos, Hesíodo era únicamente el autor del poema *Trabajos y Días*, sin que tuvieran nada que ver con él la *Teogonía* ni el *Escudo de Hércules*, que se le atribuyeron más adelante. El error dió pronto sus frutos; y Quintiliano, teniendo más a la vista o en la memoria la *Teogonía* que los *Trabajos*, expresó su juicio sobre el poeta, diciendo: «Hesíodo se eleva rara vez; la simple enumeración de nombres propios ocupa en sus obras un gran espacio. Sus sentencias son útiles, su estilo no es despreciable, pero sólo obtiene la palma en un modesto orden de poesía.»

Este juicio despectivo del retórico de la decaden-

TRABAJO Y DIAS

cia romana se ha venido reproduciendo durante siglos sin modificación alguna, y todavía en el último tercio del XIX se apoyaban en él los historiadores de la literatura griega para juzgar al gran poeta. Alexis Pierron, profesor en el Liceo Louis-le-Grand, dice de Hesíodo lo siguiente:

«Sin duda alguna, Hesíodo no es un genio de primer orden. Sus modestos poemas no merecen, en verdad, ser colocados a la misma altura que la *Ilíada* y la *Odisea*. No tiene Hesíodo ni la fecundidad de Homero, ni su potencia creadora, ni aquel arte de coordinar un todo que admiramos en el poeta jonio. Hesíodo no ha dejado sino unos centenares de versos; no ha pintado un Aquiles, ni un Ulises, ni un Ajax; sus poemas están compuestos con una especie de negligencia, como si el autor hubiese pretendido coleccionar verdades y enseñanzas, más que hacerlas resaltar, y enriquecer el fondo, más que perfeccionar la forma. Su dicción, en fin, revela a menudo no sé qué de triste y de áspero, que recuerda, por decirlo así, las brumas de Ascra, y su versificación no tiene ni la dichosa facilidad, ni la armonía variada de la de Homero. La lectura de Hesíodo exige una especie de esfuerzo; su pensamiento no se revela siempre al primer golpe, ni con toda la claridad que desearía nuestro espíritu.»

Admitido tanto tiempo este juicio sin contradicción, no es extraño, pues, que los humanistas no hayan emprendido una seria tarea para estudiar a Hesíodo en sí mismo, sin establecer comparaciones con el gran Homero. Entre ambos poetas no se concibe la rivalidad; los géneros son distintos, y cada

cual brilla en el suyo como estrella de primera magnitud. Pero hemos necesitado mucho tiempo para enterarnos. Sólo cuando la Humanidad desecha los procedimientos rutinarios y pone en tela de juicio autoridades, antes acatadas sin discusión, aparece la crítica sensata investigando en las propias obras sus legítimos valores; y así es como ha empezado a tributarse al poeta de Asra la justicia, que ya se le rendía en edades remotas.

Tiempo era de traducirle al castellano, y modestamente ofrezco esta versión, que, aun hecha con la mejor voluntad de acierto, contendrá sin duda muchas faltas. Sirva ella de estímulo a poetas y helenistas para otros trabajos más depurados, y que mejor reflejen el alto espíritu poético del original.



—Oye, Persa, mirando y escuchando...

EL POEMA

TRABAJOS Y DIAS

LIBRO PRIMERO

I

INVOCACIÓN *

OH Musas de Pieria, vuestros cantos
de alabanza entonad! Venid. En ellos
sueña el nombre de Zeus, vuestro padre.
Por él, a un tiempo, existe el hombre obscuro
y el ilustre varón; nobles o innobles

* Véase la nota I.^a al final del poema.

son los mortales hombres, según quiere
la omnipotente voluntad de Zeus.
Pues fácilmente ensalza al abatido,
fácilmente deprime al elevado,
fácilmente deslustra a los que brillan,
y a los oscuros saca de la sombra;
fácilmente al malvado o al soberbio,
o castiga o rebaja, el Dios que vive
tronando en los alcázares celestes.

II

LA EMULACIÓN Y LA ENVIDIA

Oye, Persa, mirando y escuchando;
rige tus juicios por lo justo, y mientras,
yo te voy a decir unas verdades *.
No hay una sola clase, en este mundo,
de Lucha **, sino dos: una que elogios
del discreto tendrá, y otra que, en cambio,
merece vituperios. Muy diversas
son en su condición. Porque nociva
una, mueve la guerra y la discordia;
ningún mortal la quiere; si se sufre,
es por decreto de los dioses. Negra
la Noche la engendró primeramente.
Y el nacido de Cronos, elevado

* Véase la nota 2.^a

** Nota 3.^a

TRABAJOS Y DIAS

en su solio del éter, la otra puso,
con índole mejor, en las raíces
del mundo entre los hombres. Y esta nueva
rivalidad al hombre más inerte
a trabajar excita; si ve alguno,
que ocioso esté, los frutos del trabajo
que a otro hombre enriqueció, presto se aplica
a arar, sembrar y organizar su casa:
y así al vecino su vecino emula
para medrar también; y este certamen
ennoblece al mortal. Y el alfarero
con alfarero pugna, el artesano
al artesano envidia; y lucha el pobre
con pobre, y el poeta con poeta.

III

EXHORTACIÓN AL TRABAJO Y CONDENACIÓN DE LOS LITIGIOS *

Oh Persa, fija bien dentro de tu alma
lo que voy a decir: que esa discordia,
que se goza en el mal, nunca separe
tu atención del trabajo, y no te lleve
al ágora, de oyente, a los litigios.
Para luchas del ágora, ¡qué pocas
horas tendrá cualquiera que su casa

* Nota 4.^a



abastecido no haya con los frutos
que da cada estación, con esos dones
que hace rendir Deméter a la tierra!
Cuando estés saturado, podrás pleitos
y querellas mover a ajenos bienes.
Lícito sólo te será en segundo
lugar hacerlo así. Por eso, ahora
debemos dirimir nuestras contiendas
con los juicios de Dios, que, por ser justos,
son los mejores. Ya bastantes cosas,
que no eran tuyas, te llevaste el día
que la herencia partimos, adulando
a aquellos reyes ávidos de dones,
que la justicia entienden de ese modo.
¡Necios! ¡Ignoran cuánto más la parte
vale que el todo, cuánto bien produce
sustentarse de malvas y asfodelo!

IV

MITOS DE PROMETEO Y DE PANDORA *

Difícil de encontrar ponen los dioses
al hombre el alimento. Si no fuera
por eso, ganarías fácilmente,
en un día tan sólo, para un año
vivir sin trabajar. Colgado al humo

* Nota 5.^a

TRABAJOS Y DIAS

tuvieras el timón; tuvieras bueyes
y mansos mulos de labor en ocio.
No lo permite Zeus, irritado
muy hondamente por aquellas burlas
del sutil Prometeo, y a los hombres
procura desde entonces mil molestias.
Del fuego les privó; mas el insigne
vástago de Japeto nuevamente
roba al prudente Dios, y de una caña
en el hueco a los hombres fuego lleva.
¡Y así burla al que goza con el rayo!
Mas Zeus, que las nubes amontona,
indignado le habló: «¡Japetionida,
ya que tú, sabedor de mis designios,
te regocijas de robarme el fuego,
y ultrajas mi poder, a ti y tu prole
he de infligir un daño irreparable!
Un mal, con ese fuego, a los humanos
daré que les deleite; un mal que ansien
como si fuera un bien.» Así le dijo
el padre de los dioses y los hombres;
y sonrió. Y al ingenioso Hefaistos
manda que veloz mezcle tierra y agua,
y les infunda voz y humana vida,
y les dé la apariencia de una virgen
bella y amable, cuya faz semeje
la de diosa inmortal. Manda a Atenea
labores enseñarle, y el tejido
artístico de telas; y a la rubia

Afrodita le dice que circunde
aquel cuerpo de gracia, y que le imprima
el deseo brutal, las ansias locas
que devoran los miembros. Manda a Hermes,
el matador de Argos, que le inspire
intenciones de perra y un carácter



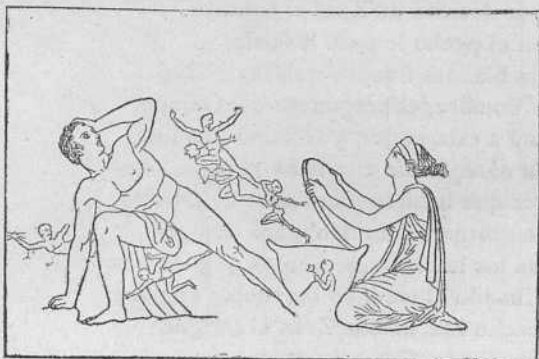
Tocado de Pandora.

falaz. Así les dijo, y todos ellos
al mandato de Zeus obedecen,
hijo de Cronos. Con arcilla, al punto,
formó el ínclito cojo de ambas piernas
(a venerable virgen semejante)
un cuerpo de mujer, como el Cronida
lo imaginara. La de glaucos ojos,
Atenea, de adornos y vestidos

TRABAJOS Y DIAS

lo rodeó. Ciñéronlo las Gracias
y la alma Seducción de aros de oro;
y las Horas, de hermosas cabelleras,
puestas en derredor, lo coronaron
con guirnaldas de Abril. La diosa Palas
todo su encanto transmitió a aquel cuerpo.
Y el mensajero matador de Argos,
por decreto de Zeus el tonante,
en el pecho le puso la falsía,
las blandas frases y dolosas mañas.
Y nombre, el pregonero del Olimpo,
dió a esta mujer; y la llamó Pandora,
la obsequiada con todo, porque todos
los que habitan mansiones celestiales
le otorgaron un dón, para castigo
de los hombres, sedientos de placeres.
Cuando el maligno inevitable engaño
hecho fué, manda Zeus al insigne
nuncio de dioses Argicida vaya
con el regalo a Epimeteo. Y éste
no recordaba entonces la advertencia
que le hizo Prometeo de que nada
aceptase de Zeus ni el Olimpo,
y sí lo devolviera, no ocurriese
por acaso algún mal a los mortales.
Mas, el dón recibido, ya que tuvo
el mal, lo conoció. Porque antes libres
de mal los hombres en la tierra estaban,
sin la dura labor, sin las traidoras

dolencias cuyo término es la muerte.
Y ahora envejecen en el mal los hombres.
De un ánfora la tapa, con sus manos
la mujer separó; las tristes cuitas,
dispuestas para el hombre, se esparcieron.
Y sola en el vacío domicilio



La caja de Pandora.

la Esperanza quedó junto a los bordes
del ánfora. No pudo volar de ella,
porque la tapa se ajustó en la boca
por mandato del Dios que égida tiene
y amontona las nubes. Pero, en cambio,
males sin cuento entre los hombres vagan;
la tierra llena está, llenos los mares
de ellos; inesperadas las dolencias

TRABAJOS Y DIAS

atacan por el día y por la noche
a menudo a los hombres quedamente,
trayéndoles dolor. Para eso, Zeus
de voz las ha privado. Y así nadie
puede evitar jamás lo que Dios manda.

V

LAS CINCO EDADES DEL MUNDO *

Y ahora breve relato de otras cosas,
que sé muy bien, te haré, si lo permites.
Fíjalo en tu memoria.—Cual nacidos
de un mismo origen son dioses y hombres.
Y primero los seres inmortales,
que mansiones olímpicas habitan,
la edad de oro de los hombres que hablan
establecieron. Y reinaba Cronos
en el cielo y la tierra. Los humanos
como dioses vivían, sin temores,
y ajenos a trabajos y fatigas.
Sin mísera vejez y siempre iguales,
con pies y manos firmes, disfrutaban
la vida entre banquetes, alejados
de todo mal, y sin dolor morían
cual si en el sueño se sumieran; bienes
gustaban por doquier; fértiles huertos

* Nota 6.^a



les rendían por sí copiosos frutos.
Siempre alegres y amados de los dioses,
sin trabajar gozaban la abundancia.
Desde que a raza tal cubrió la tierra,
sus almas, por designio del Supremo,
son espíritus buenos, que circulan



Los espíritus buenos.

en el mundo, y que guardan a los hombres,
y ven el bien y el mal; y revestidos
de tenue nube, por la tierra vagan
distribuyendo la riqueza. ¡Hermosa
misión la que los dioses les conceden!
—Los habitantes del Olimpo luego
la raza forjan de la edad de plata,
inferior en espíritu y en forma
a la del siglo de oro. Porque en ella
eran los hombres inocentes niños

TRABAJOS Y DIAS

cien años a lo menos; y crecían
en el regazo de amorosa madre;
y, al florecer la pubertad en ellos,
breve espacio la vida les duraba
en la ignorancia y el dolor. Entonces,
sin poderlo evitar, daños se atreven
a causarse entre sí; no rinden culto
ni sacrifican en divinas aras,
como es deber del hombre. Zeus airado
los sepultó también; digno castigo
de los que culto niegan a los dioses!
—Cuando la tierra ya cubrió a esta raza,
algún honor sus hombres recibieron,
y bienaventurados de segunda
clase les llaman.—Luego el Numen Padre
hizo la edad de bronce, la tercera
de los seres que hablan, muy distinta
de la argentina edad; hombres salvajes
violentos y robustos son sus hombres,
cuyos únicos goces son las luchas
de Ares y las violencias; no comían
sino las carnes crudas; indomables,
sus corazones son de dura piedra;
fuertes brazos y manos valerosas
de los hombros les nacen; son de bronce
sus armas y viviendas, porque labran
tan sólo este metal; el negro hierro
no se conoce aún. Y destruídos
entre sí por sus propias manos, iban

descendiendo a la pútrida vivienda
de Edes horrible. Los cogió la muerte,
no obstante su fiereza, y ya la lumbre
no disfrutaban del sol.—Cuando a esta raza
cubrió la tierra, el vástago de Cronos
sobre la eterna Nutridora puso
la cuarta especie de hombres, la divina
semilla de los héroes que por toda
la extensión de la tierra se llamaron
en la edad precedente semidioses.
Mas ¡ah, que a todos la maldita guerra
les hizo perecer en los combates!
En la tierra Cadmea, ante las siete
puertas de Tebas, unos, disputando
los ganados de Edipo; y por la gracia,
otros de Helena, la de rizos bellos,
que a Troya los llevó sobre la anchura
dilatada del mar en muchas naves.
La hoz de la muerte los segó; mas dióles
vida mejor en retirado asiento,
en los últimos lindes de la tierra,
lejos de hombres y dioses.—¡Zeus padre
os puso bajo el cetro de Saturno
y os destinó a habitar, héroes felices,
libres de duelos, junto al mar, en esas
islas Afortunadas, cuyos huertos
rinden tres veces sazonados frutos,
y florecen tres veces en el año!
—¡Ojalá que vivir no me tocara

TRABAJOS Y DIAS

entre la quinta raza de los hombres!
¡O nacido después, o muerto antes!
Porque ahora estamos en la edad de hierro.
Las corrompidas gentes día y noche
no cesarán jamás en el trabajo
ni en la miseria, porque graves cuitas
los dioses les darán, o por lo menos
les mezclarán los bienes con los males.
Esta especie, también, de seres que hablan,
Zeus destruirá, después que nazcan hombres
con corona de canas en las sienas.
De acuerdo no estarán padre con hijos,
ni éstos con él; ni lo estarán tampoco
el patrón con sus huéspedes, ni hermano
con hermano, ni amigo con amigo,
como antes sucedía. Y a los padres
despreciarán, tan pronto como lleguen
a viejos, y con frases injuriosas
increparán tal vez, hijos impíos
que no temen las iras de los dioses,
y que pagan fatigas y desvelos
con negra ingratitud. Saquearán unos
las ciudades de otros. No habrá gracia
para el que guarde fe de juramento,
para el bueno ni el justo; que las honras
serán para el perjuro y el malvado.
Tendrá derecho el fuerte. La vergüenza
no existirá. Y al hombre más valiente
atacará el cobarde con palabras

traidoras, y con falso juramento
las sostendrá. La maldiciente envidia,
de odiosa faz, que haciendo daño goza,



Las vírgenes Aidos y Nemesis.

irá detrás de desdichados hombres.
Ya las vírgenes Aidos y Nemesis,
envueltos en las blancas vestiduras
los cuerpos bellos, la anchurosa tierra

TRABAJOS Y DIAS

por el cielo han dejado, y abandonan
los hombres por los dioses inmortales.
Y los graves dolores a los hombres
dejan, sin esperanza de remedio.

VI

LA RAZÓN DE LA FUERZA

Fábula *

Y ahora un ejemplo contaré a los reyes
que de sabios presumen. Un milano,
a un rruiseñor de música garganta
que llevaba en sus uñas por las nubes,
le reprendió, porque, en las garras curvas
clavado el infeliz, lloraba a gritos.

Altanero el milano le decía:

«¿Por qué alborotas, mísero? ¿No sabes
que, más fuerte que tú, llevarte puedo
por donde guste, aunque cantante seas?
¿Que puedo merendarte, si quisiere,
o darte libertad? Con poderosos
es imprudente contender: vencido
será, no sólo, quien con ellos luce,
sino además molido y afrentado.»

Dijo así el ave de las anchas alas,
remontando veloz; pero tú, Persa,
atiende a la justicia, y no hagas daño.

* Nota 7.^a

VII

ELOGIO DE LA JUSTICIA Y CONDENACIÓN
DE LA VIOLENCIA *

Hacer daño produce consecuencias funestas para el pobre; el mismo rico no las puede evitar, y al fin sucumbe al peso de sus faltas. Otras vías mejores hay de conseguir lo justo. Al fin y al cabo la justicia vence a su rival la injuria, pero el necio no lo llega a aprender sino a su costa. Vengador de perjurios, Orcos corre tras injustas sentencias. La justicia, ultrajada por jueces corrompidos, conculcadores de derechos, clama al cielo. Envuelta en nubes, vaga en torno de pueblos y naciones que la niegan, y hace llover estragos sobre aquellos que la arrojaron del lugar, no dando lo suyo a cada cual. Pero si hay hombres que hacen justicia a amigos y enemigos y no atropellan la razón, florece con ellos la ciudad; sus moradores prosperan en la misma; educadora

* Nota 8.^a

TRABAJOS Y DIAS

de jóvenes la paz, brilla en la tierra,
y nunca para ellos la maldita
guerra decreta Zeus omnisciente;
y nunca entre hombres justos la desgracia
ni el hambre hallan lugar, sino que el fruto
de sus afanes en banquetes gozan.
Y para ellos la tierra lleva trigo,
y la encina bellotas en sus ramas
y abejas en su vientre; para ellos
se cargan de vellones las ovejas,
y las mujeres paren hijos, vivos
retratos de sus padres; y los bienes
floreced en sus casas, sin que tengan
que comerciar en naves, porque un campo
fecundo en frutos colma sus graneros.
Mas si de alguno la injusticia es norma
y siembra el mal y las acciones viles,
la venganza para él decreta Zeus,
el Cronida omnisciente. Y a menudo,
por causa de un mal hombre que delinque
y trama iniquidades, toda entera
padece una ciudad; porque el Cronida
lanza sobre ella el mal desde los cielos,
y la peste, y el hambre; y pueblos mueren,
y mujeres no paren; y familias
se diezman a su voz. Y mientras tanto,
aniquila su ejército, derrumba
los muros de su patria, y en los mares
las naves hunde del protervo. ¡Oh reyes,



contemplan vuestros ojos la venganza!
Considerad que entre los hombres viven
inmortales que ven que se destrozan
entre sí los humanos, que no temen
las iras de los dioses. Y en la tierra,
que tanta gente nutre, muchos miles
de espíritus están hijos de Zeus



La peste y el hambre.

que a los hombres vigilan, y que ocultos
van en el aire, y vagan por doquiera,
y ven las buenas y las malas obras.
Y entre ellos una virgen, la Justicia,
a quien Zeus dió el sér, augusta virgen
que aman los habitantes del Olimpo.
Y si es que algún osado la desprecia
y daña sin piedad, ella a su padre
Zeus el Cronida llega, y le refiere
las malas intenciones de los hombres.
Y un pueblo paga el crimen de un tirano

TRABAJOS Y DIAS

que, tramando maldades, perjudica
a los demás con sus perversas leyes.
¡Jueces venales, aprended! Sentencias
injustas enmendad. Malvados juicios
olvidad totalmente. Quien maquina
males para otros, para sí los forja,
y un pensamiento malo es más funesto
para aquel que lo abriga. Lo ve todo,
lo observa todo el ojo del Tonante,
y esto lo ve también, pues verlo quiere.
Y tampoco a su vista inadvertido
pasa el más silencioso pensamiento
del rincón más secreto de la urbe.
¿Justo sería yo, ni dejaría
que mis hijos lo fuesen entre hombres,
si fuera malo ser un varón justo,
y si tuvieran premio los malvados? *
Zeus, que manejando el rayo goza,
no es posible que sufra las maldades.
No lo puedo creer. Grábalo, hermano,
en tu pecho: obedece a la justicia,
y olvida por completo la violencia.
Es la ley que el Cronida dió a los hombres.
Peces y fieras y aves voladoras
devórense entre sí, que para ellos
no se hizo la justicia. Este dón santo
para los hombres fué; y al que consciente

* Nota 9.^a

lo justo acata, el Dios que lo ve todo,
riquezas da; y a quien perjurios ama,
y jura en falso, y miente, y la obra impide
de la justicia, sin piedad lo hiere
hundiendo su progenie en el olvido,
mientras más esclarece la del justo.

VIII

VIRTUD Y VICIO. TRABAJO Y OCIOSIDAD. REGLAS DE
CONDUCTA. PRECAUCIONES CONTRA LA MALA FE.
LOS HIJOS

Yo, que conozco el bien, Persa imprudente,
te lo voy a mostrar *.—El vicio es fácil
de seguir hasta el fin. La senda es llana
y nos lleva muy lejos; pero, en cambio,
a la virtud los dioses anteponen
fatigas y sudor: arduo el camino
que a ella conduce, y áspero el comienzo
de la senda parece; pero, cuando
alguno arriba llega, ¡cuán suave
se le muestra después!—¡Dichoso el hombre
que todo lo ve claro, que razona,
y sabe, para todo, lo que es bueno!
¡Feliz también el otro que obedece
a consejero fiel! Pero el que ignora

* Nota 10

TRABAJOS Y DIAS

y no se deja dirigir, inútil
hombre del todo es.—Recuerda, Persa,
mis consejos: trabaja, hijo de dioses,
y el hambre te odiará, mientras te ama
Ceres de espigas coronada, y colma
de frutos tu granero. Sí, que el hambre
siempre acompaña al hombre perezoso;
y a quien ocioso vive le desprecian
hombres y dioses. Zánganos privados
de aguijón son los vagos. Semejantes
a estos seres ociosos, se apoderan
del dulce fruto que labraron otros
y lo devoran. Para ti, al contrario,
grata parezca la labor que haga
tus graneros crujir. De estas labores
salen los hombres de ganados llenos
y de opulencia. Y mucho más amados
son de dioses y hombres; que ellos odian
a los que no trabajan. Deshonroso
no es el trabajo nunca, y eslo siempre
la ociosidad. Trabaja y hazte rico,
te envidiará el ocioso. Dan escolta
la virtud y la fama a las riquezas.
Serás con ellas como un dios; por eso
mejor es trabajar. En vez de darte
estólido, a envidiar lo que otro tiene,
aplícate al trabajo, y cuida mucho
de buscar qué comer, cual te aconsejo.
—Pudor mal entendido se apodera

del pobre; es un pudor que le hace daño,
 pudiéndole ayudar. Lleva a la inopia
 esta vergüenza tímida. La audacia
 conduce, en cambio, a las riquezas —Nunca
 robadas aprovechan. Las que lucen
 son las que manda Dios. Si a mano armada,
 o con engaños, alguien las adquiere
 (como a veces ocurre, porque el lucro
 ciega a los hombres, y al pudor en ellos
 la desvergüenza mata), fácilmente
 lo anularán los dioses; su familia
 será deshecha; las riquezas poco
 tiempo le durarán.—De igual manera
 a quien maltrata al huésped o al mendigo,
 o mancha el lecho de un hermano suyo,
 con su esposa en concúbito secreto
 consumando un gran crimen, o despoja
 con descaro a unos huérfanos, o injuria
 con palabras odiosas a su padre
 rendido por el peso de los años,
 la ira de Dios le alcanzará, y la pena
 sufrirá del Talión, para castigo
 de sus obras inicuas. Tú no incurras
 en semejantes crímenes; aparta
 tu alma ignorante de ellos.—Sacrificios
 haz, según tus recursos, a los dioses,
 con alma limpia y pura, y muslos blancos
 quema en sus aras; libación e incienso
 derrama cuando al lecho te dirijas

TRABAJO Y DIAS

y cuando nazca la sagrada Aurora.
Que de este modo te serán propicios,
y harán que compres tú los campos de otros,
y nadie el tuyo.—Ofrécele tu mesa
siempre al amigo; al enemigo, nunca:
obsequia, sobre todo, a aquel que viva
cerca de ti, pues si en tu casa ocurre
conflicto alguno, acudirá el vecino
sin mudarse de ropa, y los parientes
se atavían primero. Tanto daño
produce un mal vecino cuanto el bueno
puede beneficiar. Gran suerte alcanza
quien tiene buen vecino: el que sus bueyes
ve perecer, a su vecino culpe.
El préstamo que te haga tu vecino
devuélvele sin merma, y si pudieras,
se lo mides colmado: de este modo
lo encontrarás, cuando a buscarlo acudas
en caso igual.—Y nunca te aproveches
de ganancias injustas; que estos lucros
son daños para ti.—Y ama a quien ame,
socorre al que socorra, da al que diere;
no des a quien no da. ¿Merece algo
aquel que no da nada? El dadivoso,
¿no hallará quien le dé? Dar es muy bueno;
el robo es malo, y mata. Cualquiera hombre
de buena voluntad, ¡cuánta alegría
siente al hacer un bien dando lo suyo!
¡cómo goza en su alma!—Pero, en cambio,

¡qué dura es la de aquel que se acostumbra
a robar sin pudor! Por poco empieza;
mas luego la constancia en repetirlo
le hace capaz de la mayor infamia.

—Si un poco echando vas sobre otro poco,
y lo repites con frecuencia, al cabo
verás aquello convertido en mucho.

El que algo siempre añade a lo que tiene,
el hambre horrible evitará.—No inquieta
lo que en su casa guardan a los hombres:
en lo que tienen fuera está el peligro.

—¡Qué gusto tener bienes que permitan
tus males remediar! ¡qué triste cosa
necesitar de lo que no se tiene!

Bien merece la pena meditarlo.

—De empezado tonel derrochas vino.

Si quieres que te dure, será tiempo
de ahorrar a la mitad; mas ya en el fondo,
¿para qué ha de servir la parsimonia?

—Sé justo al dar el precio de un trabajo
aunque lo haga un amigo.—Si compites,
ha de ser con tu hermano, y llevar debes
un testigo al certamen; la excesiva
buena fe y el recelo exagerado

son nocivos al par.—Y no te dejes
engañar de mujer que se engalane
y te arrulle con cantos, e investigue
tu domicilio. Confiar en hembras
es igual que entregarse a los ladrones.

TRABAJOS Y DIAS

—Ten al menos un hijo que conserve
el brillo de tu casa: la opulencia
crecerá en la mansión. Y, antes que viejo
mueras, deja, si puedes, otro hijo.
Zeus dará para todos si son muchos,
que aunque más nos preocupen, más nos traen.
—Si apeteces riqueza, el medio es éste:
trabajo realizar sobre trabajo.





Cuando asomen los pléyades...

LIBRO SEGUNDO *

I

AGRICULTURA

CUANDO asomen las Pléyades, de Atlante hijas, la siega empieza, y la labranza cuando se oculten. Y cuarenta días con sus cuarenta noches son ausentes. Y cuando da otra vez la vuelta el año y al afilarse las primeras hoces, vuelven a aparecer. Esta es la norma y la ley de los campos, para aquellos que junto al mar habitan, y los otros que lejos de las olas fluctuantes

* Nota II.



cultivan las cañadas tortuosas
 de una fértil región.—Siembra desnudo,
 labra sin ropa, siega sin vestidos *,
 si quieres que las obras de Deméter
 se te ofrezcan maduras a su tiempo;
 que, de una en una, sazonadas crezcan
 para rendirse a ti; si es que no quieres
 falto de todo, en las ajenas casas
 mendigar sin provecho. A mí viniste,
 como ahora, otra vez; mas yo no quiero
 dar ni prestarte más, estulto Persa.
 —Trabaja en esas obras que los dioses
 a los míseros hombres destinaron,
 antes que un día, con dolor de tu alma,
 con hijos y mujer busques sustento,
 y acudas al vecino, y te desprecie **.
 Dos veces, quizás tres, consigas algo;
 pero si una vez más ruegas, inútil
 tu elocuencia ha de ser, y tus palabras
 no hallarán eco en nadie.—Te aconsejo
 que pienses en el pago de tus deudas
 y en desterrar el hambre: que dispongas
 la casa, y la mujer, y el buey que are,
 y la sierva soltera que al buey siga,
 y todos los enseres de la casa;
 no sea que tengas que pedirlos a otros,

* Nota 12.

** Nota 13.

TRABAJOS Y DIAS

y te los nieguen, y carezcas de ellos,
y el tiempo pase, y trabajar no puedas.
—Ni dejes el quehacer para mañana,
pues las trojes no llena ningún hombre
aplazando el trabajo; en cambio, aumenta
la actividad el lucro. El que las cosas
deja para después, castigo tiene.
—Cuando el sol sus rigores disminuye,
por el otoño, y el sudor se acaba,
y Zeus manda sus lluvias, más activo
el cuerpo humano se hace; ya la estrella
Sirio por menos tiempo sobre el hombre
durante el día está; ya se disfruta
más esta estrella por la noche. Viene
el tiempo en que la selva no roída
por la carcoma, cae a golpe de hacha;
y hojas cubren la tierra, y cesa el árbol
de germinar. Preciso es que recuerdes
que éste es el tiempo de hacer leña. Corta
mortero de tres pies, y de tres codos
un pilon de majar, y un eje, luego,
de siete pies. Es el mejor tamaño.
Si cortas ocho pies, también del trozo
un mazo sacarás. De ábside tenga
cada rueda tres cuartas, por diez palmos
que el carro ha de tener. Maderos curvos
corta en gran cantidad. Y lleva a casa
de encina la mancera del arado,
si la hallas al buscar por campo y monte.

Para labrar con bueyes es muy firme,
si la fija un alumno de Atenea
con clavos al dental, y así la adapta
al timón. Y tú en casa dos arados
debes hacerte, de una pieza uno,
y otro compuesto; pues si el uno rompes,
podrás uncir los bueyes en el otro.
De olmo o laurel bien sanos, sin polilla,
los timones; de encina los dentales
y las camas de roble.—Y compra bueyes,
un par de nueve yerbas, porque entonces
están en todo su vigor y alcanzan
la mayor aptitud para el trabajo.
A esta edad no pelean en el surco,
ni rompen el arado, ni obra inútil
dejan allí.—Y haz que los gué un joven
cuadragenario que almorzado hubiere
un pan rajado en cuartos de ocho cuadros;
que un hombre tal atenderá al oficio
y hará rectos los surcos; y un mozuelo,
mirando en derredor a sus iguales,
en lo que menos piensa es en la obra.
—Y tampoco es mejor hombre más joven
para esparcir semilla, pues la siembra
tendrás que repetir. Son distraídos
los mozos por jugar con otros mozos.
—Ten cuidado cada año cuando oigas
de la grulla la voz clamando en alto,
por medio de las nubes: es el signo

TRABAJOS Y DIAS

de empezar a labrar; indica el tiempo del invierno lluvioso, y atormenta el corazón del labrador sin bueyes.

Apacíentalos tú; ten en tu casa siempre la res de retorcidos cuernos.

—Es muy fácil decir: «Vecino, un carro dame y un par de bueyes.» Y es muy fácil la respuesta también: «Los necesito yo para mí.»—¡Qué rico en fantasía será el que entonces piense que él un carro hacer puede también! ¡Necio! No sabe que las piezas de un carro son un ciento y que antes las debió llevar a casa.

—Tú, cuando el tiempo de labranza llegue, emprende la tarea acompañado de tus siervos también; y ara lo seco, y labra lo mojado, y date prisa, y madruga, y procura que los campos se llenen para ti.—Y en primavera ara, y en el verano no te olvides de labrar otra vez.—Y siembra cuando la tierra esté ligera todavía.

Tierra mullida maldición expulsa y aplaca el hambre de los hijos.—Ruega a Zeus infernal, ruega a la casta

Deméter que te colmen con los sacros dones de Ceres.—Y a labrar empieza cogiendo el mango de la esteva en una mano y la ahijada en otra, y en el lomo

estimula a los bueyes que en el yugo
van arrastrando del timón la cuña.
Y un criadito a tu espalda con la azada
impida de las aves el negocio
escondiendo semillas.—Es muy útil
la diligencia al hombre, y es muy malo
el descuido para él. Con la abundancia
se doblará la espiga hacia la tierra,
y si el Olimpio a madurez la guía,
desterrarás la araña de las trojes:
¡Cómo te alegrarás viéndolas, llenas
de grano, rebosar! ¡Qué bien repuesto
te encontrará la primavera blanca!
Tú no tendrás que suplicar a nadie,
y a ti te pedirán. Pero si empiezas
la alma tierra a labrar cuando los días
van acortando, sin trabajo mucho
segarás, y arrastrándote entre el polvo,
cogiendo aquí y allá, juntarás *haces* *manadas*
que cabrán en el puño. Ciertamente
que no te alegrarás: en una espuerta
podrás llevarlo todo: y tu fortuna
pocos envidiarán. Y aunque a menudo,
el que la égida tiene, sus designios,
que los mortales no comprenden, cambia,
en esto no, porque si labras tarde,
no habrá remedio para ti. Tan sólo
cuando el cuco en la rama de la encina
anuncia con su canto a los mortales

TRABAJOS Y DIAS

la deliciosa primavera, entonces,
si hace que llueva Zeus, y no cesa
de llover en tres días, hasta tanto



Ni con tu mano descarnada oprimas...

que cubra la pezuña de los bueyes
el agua, y nada más, entonces sólo
podrá igualar el labrador tardío

al diligente.—Pero observa atento todas las cosas tú. No se te oculte ni la estación que el blanco invierno ahuyenta, ni tampoco el período de las lluvias.

—Pasa de largo, al ver en el invierno las abrigadas fraguas; ni frecuentes las tertulias en él; pues cuando el frío impide los trabajos, aprovecha la ocasión el colono diligente para hacer las mejoras en su casa.

—Que los rigores de un invierno crudo no te cojan luchando en la pobreza, ni con tu mano descarnada oprimas algún carnosó pie *. Los perezosos lo esperan todo del azar, y cuando sufren el hambre, en su interior meditan todo lo malo. ¡Vanas esperanzas las del hombre que pierde en las tertulias largas horas, sentado, no teniendo de qué comer! Por eso a tus criados recuérdales en medio del estío: «Abasteced la casa, que no siempre verano habrá.»—Temed los malos días de aquel mes Leneón, que es el verdugo de los bueyes, los días en que el hielo endurece la tierra, y en que ruge el Bóreas en la Tracia nutridora

* Nota 13 bis.

TRABAJOS Y DIAS

de potros, y golpea las llanuras
del ancho mar, y silba entre los bosques,
y en la espesura de la sierra entrando,
a la tierra, que a tantos alimenta,
arroja las encinas de alta copa



... en la noche invernal guardada sueña.

y los densos abetos, y retumba
al fragor del estrago la montaña.
Con la cola entre piernas van huyendo
las fieras espantadas, y aunque tienen
pieles llenas de pelos, como el frío
sopla con furia en ellas, sus vellosos
pechos traspasa; por la piel penetra,
piel que no les defiende, de los bueyes;



y entre los largos pelos de la cabra
sopla también; pero al rebaño sólo
de las ovejas no ataraza Bóreas,
porque densos vellones las abrigan,
Mas obliga al anciano a que se encorve;
y no entumece delicadas carnes
de la tierna doncella que aún ignora
los juegos de Afrodita, porque cerca
de su querida madre permanece
dentro de casa, y su lavado cuerpo
de óleo abundante unge, y en su alcoba,
en la noche invernal, guardada sueña.
Sus tentáculos mientras rõe el pulpo,
pues sin casa ni hogar, y en escondrijos
tristes, no tiene sol para ir buscando
pasto que devorar. El sol entonces
arde en las urbes de los hombres negros,
y aún tarda mucho en calentar a Grecia.
Entonces los astados y no astados
brutos que viven en la selva, huyen,
castañeteando dientes, por los bosques,
y sólo les preocupa hallar refugio
en las tinieblas de rocosos antros.
Y se parecen a esos hombres viejos
que marchan en tres pies, cuyas espaldas
se doblan y que inclinan las cabezas
a la tierra mirando. Así caminan
todos, huyendo de la blanca nieve.
—Cúidate entonces de abrigar tu cuerpo

TRABAJOS Y DIAS

con túnica talar y capa suave,
y teje en poca tela mucha trama.
Cíñete bien con ella, no se erijan
por todo el cuerpo pelos temblorosos,
y ata en torno a tus pies calzado fuerte
de buey sacrificado, y que por dentro
forrado esté de piel. Y cuando el frío
a su tiempo llegare, pieles cose
de los primeros chotos, empleando
nervio de buey: con ellas tus espaldas
defiende de la lluvia; con la gorra,
de pieles hecha, tu cabeza cubre
y libra de humedad a tus orejas.

—Cálmase el viento en las mañanas frías,
y una niebla fructífera se extiende
desde el cielo estrellado sobre el campo
del labrador feliz; niebla que el viento
tempestuoso, de los ríos, sorbe,
y en los aires la eleva, y ya la esparce
en vespertina lluvia, o la condensa
de la tierra en la faz cuando acumula
el Bóreas de la Tracia los vapores.

Teme esta bruma y vuélvete a tu casa
terminado el trabajo, no te envuelva
desde el cielo la niebla tenebrosa
y humedezca tu cuerpo y tus vestidos.
Evítalo si puedes, que el más grave
mes del invierno es; grave a las bestias,
y grave para el hombre. En este tiempo



pon a media ración los bueyes: come
tú poco más: las noches largas nutren *.

Observando estas reglas todo el año,
regula el alimento con los días,
hasta ver otra vez la madre tierra
cargada de sus frutos diferentes.

—A los sesenta días del solsticio
el invierno está fuera; deja Arturo
la sagrada corriente de Oceano,
y en su esplendor se muestra por la tarde.

Luego surge a la luz, para los hombres,
la golondrina de Pandión, que gime
el alba al apuntar, y nos anuncia
que vuelve ya la joven Primavera.

—Anticípate tú, podando vides
en el tiempo propicio. Y cuando trepe
de la tierra a las plantas el que encima
de sí su casa lleva, y que de lluvias
huye, tú deja de cavar las cepas;
mas la hoz afila y estimula al siervo.

—Y huye de umbrosas sedes, y sacude
el sueño matinal: la miés te aguarda
del sol a los ardores, cual tú, seca.

No te des paz entonces, y amontona
el fruto en los graneros, y madruga
para reunir sustento suficiente.

—La Aurora añade al fruto del trabajo

* Nota 14.

TRABAJO Y DIAS

un tercio más; la Aurora abre camino
y estimula al gañán; la Aurora surge,
da impulso a muchos brazos, pone yugos
a muchos bueyes, y el trabajo avanza.
—Cuando florece el cardo, y la canora
cigarra lanza al aire ese chirrido
frecuente de sus alas desde el árbol,



La Aurora añade al fruto del trabajo...

del estío en los días afanosos,
más gordas son las cabras, y es el vino
mejor, y más lascivas las mujeres;
pero en los hombres el vigor es menos,
porque Sirio el cerebro y las rodillas
debilita, y el cuerpo se relaja
al calor estival. Venga la sombra
entonces de la piedra, venga el vino

de Biblos con el pan que el horno cuece,
y la leche de cabras que han dejado
ya de criar, la carne de ternera
que paze impúber, y la tierna carne
de los primeros chotos. Bebe luego,
recostado a la sombra, negro vino,
el vientre lleno, y con la cara vuelta
al céfiro sutil. Bebe una parte
de vino y tres del agua de una fuente
que corra clara y salte juguetona.
El don sagrado de Deméter manda
a tus siervos trillar en una era
redondeada bien y expuesta al viento,
luego que Orión el cazador se muestre.
Con diligencia mide, y en las trojes
oculta, el grano. Y cuando ya esté todo
dentro de casa, tomarás criado
que hogar no tenga, y buscarás criada
sin hijos, pues con ellos no conviene.
Y da sin duelo de comer a un perro
de ásperos dientes, por si ocurre que alguien,
que descansa de día, por la noche
te arrebatara tu haber. Y de heno y paja
te proveerás, para que todo el año
tengan bueyes y mulas alimento.
Da descanso después a tus queridos
siervos, y suelta el yugo de tus bueyes.
Cuando Sirio y Orión en lo más alto
del cielo estén, y el Alba con sus dedos

TRABAJOS Y DIAS

de rosa toque a Arturo ¡oh Persa! lleva
las uvas vendimiadas a tu casa.
Y pon al sol diez días, y diez noches,
y a la sombra otros cinco, y luego al sexto
en las tinajas pon, el dón de Baco,



... y suelta el yugo de tus bueyes.

que nos deleita *. Pero cuando el fuerte
Orión huya con Pléyades e Hiadas,
acuérdate muy bien que llega el tiempo
otra vez de labrar. Este es el modo
de esparcir en la tierra la abundancia.

* Este precepto, relativo a la vendimia, es la única parte del poema que estaba vertida al castellano, antes de nuestra traducción.

II

NAVEGACIÓN *

Si eres hombre que anhelas los peligros
de los mares correr, ten muy presente
que cuando van las Pléyades huyendo



... cuando van las Pléyades huyendo...

de rigores de Orión, y en el obscuro
ponto se anegan, irritados soplan
toda clase de vientos. Quita entonces
tus naves de la mar: sólo te ocupes,
como te dije, de labrar la tierra.
Y arrastrado tu barco, y ya en la playa,
con piedras cázalo por todas partes

* Nota 15.

TRABAJOS Y DIAS

para contrarrestar fuerzas de vientos
que húmedos soplan; vácia la sentina,
no sea que la lluvia te lo pudra;
lleva jarcias y velas a tu casa,
y remienda las alas de esa nave
que ha de surcar el mar; y pon al humo
del hogar el timón, del arte obra.
Y de este modo esperarás el tiempo
de poder navegar. Entonces lleva
al mar tu nave rápida, cargada
de un peso propio, que ganancia deje
que llevar a tu casa. Así lo hacía,
muy estólido Persa, nuestro padre,
cuando, anheloso de un honesto lucro,
navegaba en el mar. El fué quien vino,
desde Cumas Eólida cruzando
en nave negra dilatados mares,
hace ya tiempo, no de la abundancia,
de la riqueza y la fortuna huyendo,
sino escapando a la pobreza odiosa
que ha decretado Zeus a los hombres.
El fué quien junto al Helicón vivía
habitando en el pueblo miserable
de Ascra, de invierno malo, de molesto
verano, bueno nunca.—Cuida, Persa,
de hacer a tiempo todos los trabajos,
pero más los del mar *. Tú las exiguas

* Nota 16.

naves alaba, pero pon tu carga
en la mayor, porque con grande peso,
grande ha de ser el lucro, si sus soplos
contienen los furiosos vendavales.
En fin, si del comercio a los peligros
te lanzas una vez, porque quisieres
huír del hambre cruel y de las deudas,
las leyes de esas olas rumorosas
te mostraré, por más que de las naves
nada aprendí yo nunca navegando.
Solo hendí el ancho mar yendo hacia Eubea
desde el puerto de Aulide, donde en tiempos
esperando estuvieron los Argivos
que la furia cesara de las olas;
en donde se juntaron muchas gentes,
de la sagrada Grecia reclutadas,
para atacar a Ilión, que presumía
de mujeres hermosas. Yo iba a Calcis
a luchar en certámenes en honra
de Anfidamante el valeroso. Entonces,
en buena lid magnánimos sus hijos
premios mil ofrecían. Me envanezco
de que fuí vencedor con un poema,
por el que obtuve un trípode con asas;
premio, por cierto, que ofrecí a las Musas
del monte de Helicón, que me inspiraron.
Y esta vez sola me embarqué en las tablas,
juntas con muchos clavos, de las naves.
Pero yo sé la voluntad de Zeus,

TRABAJOS Y DIAS

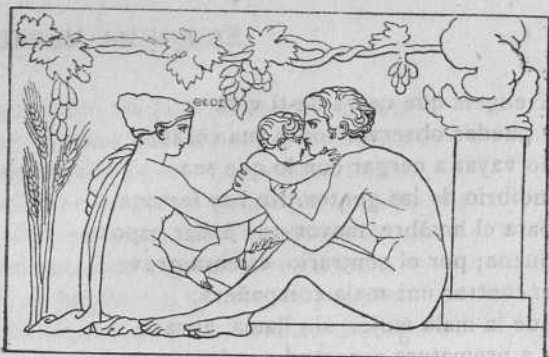
y la puedo cantar en un divino poema: son las Musas las que hablan. Tras del solsticio a los cincuenta días, del verano al final, llegan los tiempos de más labor. Entonces oportuna es la navegación para los hombres: ni quebrarás tu nave, ni tus nautas el mar se tragará, como no sea que Poseidón, el que la tierra azota, de propósito quiera confundirlos, o el mismo Zeus, padre de los dioses. Porque al arbitrio de ambos está, a un tiempo, la causa de los bienes y los males. Con suaves auras y con mar tranquila entonces surcarás las ondas. Lanza nave rápida al mar: coloca en ella carga de todas clases; mas procura lo antes que puedas regresar; no esperes vino nuevo, ni lluvia del otoño, ni el invierno que acecha, ni los rudos soplos del Noto, que la mar irrita, con la nube otoñal que manda Zeus y hace al mar peligroso.—Diferente es la navegación en primavera. Mientras andando la corneja imprime tanta huella en el suelo, cuantas hojas sobre las ramas de la higuera nacen, se puede navegar, pero no apruebo navegar en tal tiempo, ni me es grato.

El que busca el peligro, del peligro
dificilmente escapa. Mas los hombres
lo arrostran por codicia de riquezas,
que seducen su espíritu. ¡Ignorantes!
Cruel es perecer entre las olas.
Yo te aconsejo meditarlo mucho.



El que busca el peligro...

Y en huecas naves toda tu fortuna
no pongas de una vez: la mayor parte
resérvala, y expón la menor sólo.
Porque es duro encontrarse con la ruina
en las olas del mar: triste es que el eje
rompas del carro por la mucha carga,
y pierdas el total de mercancías.



El tiempo de las nupcias...

LIBRO III

I

SENTENCIAS

Sigue esta regla: guarda cada cosa para el tiempo oportuno *. Y es el tiempo de que tomes mujer los treinta años, sin que te falte mucho ni te sobre para esta edad. El tiempo de las nupcias es éste para ti; mas las mujeres cuatro años serán púberes, y al quinto podrán casarse. Elígela tú virgen, y así la enseñarás costumbres castas.

* Nota 16.

Y elígela que cerca de ti viva
y puedas observar todas sus cosas;
no vayas a cargar con lo que sea
ludibrio de las gentes. No hay fortuna,
para el hombre, mayor que hallar esposa
buena; por el contrario, es cosa grave
encontrar una mala compañera;
que la mala mujer, sin llama, abrasa,
y a prematura senectud conduce
al más fuerte varón, al más robusto.
—Piensa bien que los dioses te están viendo,
y que te han de juzgar *: y nunca iguales
el amigo al hermano. Si le otorgas,
no obstante, tu cariño, no le hagas
tú primero traición. Y no le mientas
palabras de amistad: y si él te dice
o hace una injuria, entonces no perdones
castigarle dos veces otro tanto.
Pero si vuelve a ser amigo, y quiere
darte satisfacción, no le rechaces;
que es triste tener hoy unos amigos,
y después otros.—Cuida que tu cara
no transparente nunca lo que piensas.
—Ni se diga que a todo el mundo acoges,
ni tampoco que a nadie, ni que eres
cómplice de los malos, ni tampoco
que ultrajes a los buenos.—Su pobreza,

* Nota 17.

TRABAJOS Y DIAS

que tanto aflige al mísero, en la cara
no le echés nunca, porque a veces suele
ser un dón de los dioses inmortales.

—Tiene un tesoro aquel que tiene lengua
parca en hablar, pero es mayor la gracia
del que sabe emplearla con acierto *.

Si en hablar mal la usas, es posible
que oigas algo peor.—Nunca te niegues
a concurrir a un festival a escote:
poco el gasto ha de ser y el goce es mucho.

—Y no hagas libación durante el día
de negro vino, en honra de los dioses,
sin lavarte las manos; si tal haces,
rechazarán tus preces sin oirlas.

—No orines cara al sol; y aunque esté oculto
cuida de no evacuar hacia el oriente,
ni en la vía del sol, ni fuera de ella;
porque velan los dioses en las sombras,
y son de ellos las noches. El discreto,
cuando hay necesidad de ello, se sienta
en lugar apropiado, o bien se pone
cerca de una pared.—No te descubras
en tu hogar de manera indecorosa,
y respeta el pudor.—Nunca ejercites
función reproductora de la especie
a la vuelta de fúnebres oficios,
presagio de desgracias. Hazlo sólo

* Nota 18.

al final de un banquete con los dioses.
—No atraveses a pie las puras aguas
de corriente constante de algún río
antes de haber orado contemplando
su limpio curso, y en su clara linfa
tus manos sin lavar. El que lo haga



Sacrificio a los dioses.

a mal hacer, enojos y castigos
de dioses sufrirá.—Ni en los festines
a dioses ofrecidos, nunca corte
lo muerto de lo vivo de tus dedos
negra tijera.—Ni medida pongas
en la crátera nunca del que bebe,
porque esto encierra un hado pernicioso.
—Si a edificar empiezas, no abandones
la obra sin terminar, pues la corneja,



TRABAJOS Y DIAS

colocándose encima, graznar puede y anunciar males.—No comas de olla, ni uses de baño que ofrecido no hayas a los dioses primero. Tu castigo, si lo hicieres, tendrás.—Y nunca obligues a un niño a estar inmóvil. Esto es malo, igual para el que tenga doce meses o doce años, porque el hombre impúber necesita correr.—Tu cuerpo nunca laves en baño de mujeres: caro ha de costar al hombre que lo haga.—Ni sufrirán los dioses que critiques misterios de los santos sacrificios.—De ríos que en los mares desembocan no orines en los cauces, ni en las fuentes, ni hagas cosa peor. Abstente de ello pues te habrá de pesar. Sigue estas reglas y evita las censuras de los hombres.—Es fácil de adquirir la mala fama y es dura de llevar, y es muy difícil que se borre después. Lo que divulgan las gentes por ahí, nunca perece del todo, pues la Fama es una Diosa *.

* Nota 19.



II

LOS DIAS

Los días son de Dios; hay que emplearlos
en cosa conveniente. Instruye de ello



Días felices.

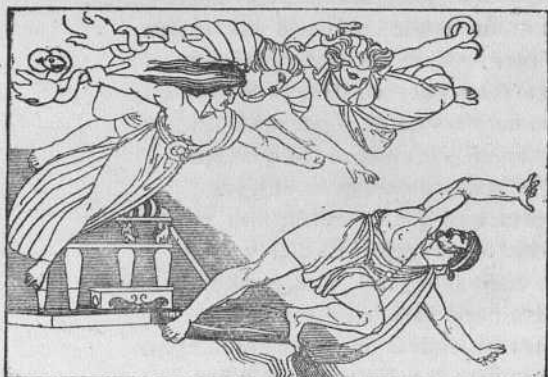
a tus criados. Es muy bueno el treinta
de cada mes para observar las obras
y pagar los salarios *. Cada uno
en él a sus negocios se dedica.
Son del prudente Zeus, ante todo,
estos días del mes: el uno, el cuatro,
el siete—sacro día en que Latona
dió a luz a Febo con su espada de oro;—

* Nota 20.

TRABAJOS Y DIAS

el octavo, el noveno, del creciente del mes egregios días, favorables para impulsar del hombre los trabajos; el once, el doce... (inmejorable el doce para esquilan carneros, bueno el otro para segar las prósperas cosechas); pero es mejor que el once el doce. En éste la araña tiende en lo alto sus telares a pleno sol; la hormiga previsora acarrea su acervo. Hagan lo mismo las mujeres en él, tejan sus telas; trabajen por su casa. Si comienzo a sementera das, evita el trece del mes en que te halles; mas, si plantas árbol, es el mejor. El diez y seis es malo al vegetal, y en cambio, es bueno para parir varones, y no es útil para engendrar doncellas, ni tampoco para casarlas. No produce niñas el día seis del mes, pero ninguno es mejor que él para castrar cabritos y ganado lanar. Y es el más propio para hacer los rediles del rebaño. Hace nacer varones; estimula palabras injuriosas y mentiras, y las frases de amor, y los ocultos coloquios de las citas misteriosas. Castra al berraco el ocho, y al mugiente buey, y en el doce los sufridos machos

de labor; y en el veinte, magno día
de luna llena, engendrarás al hijo
más prudente y más sabio. Para esto
también es bueno el diez. Para las niñas,
mejor es el catorce. En éste puedes
domesticar, sentándoles la mano,



Las Furias.

los carneros y chivos, y los toros
de ágiles pies y retorcidos cuernos,
y los mastines de terribles dientes,
y los pacientes machos de trabajo.
Guárdate de sus iras. Cuida mucho
de evitar pesadumbres en los días
que terminen en cuatro; consagrados
al goce están. El cuatro llevar debes

TRABAJO Y DIAS

al hogar tu mujer, cuando descubras favorables auspicios; pero el cinco no te debes casar. Evita hacerlo porque dicen que en él las Furias salen con Horcos, dado a luz en este día por la Discordia para dar castigo a los hombres perjuros. Inspecciona el diez y siete el sacro dón de Ceres y hazlo aventar en la redonda era; y sacrificador del árbol, leños corta para tu casa, y corta otros para cruzar el mar. El cuarto día comienza a construir la frágil nave; el diez y nueve por la tarde es bueno también para este fin; mejor que todos es el noveno, y sin peligro alguno para los hombres; bueno es asimismo para engendrar varones y mujeres, para plantar los árboles, y nunca en él ha habido contratiempo alguno. El día veintinueve pocos saben que es el mejor para embrear toneles, para imponer el yugo a los caballos de pie veloz, los bueyes y los mulos; para arrastrar al mar la veloz nave de muchos bancos de remeros; pocos fían, no obstante, en él. El día cuatro empieza tu tonel. Es el catorce más sagrado que todos, pero algunos

el veinticuatro creen mejor al alba,
y a la tarde peor. Estos los días
más favorables son para los hombres;
los intermedios son inofensivos;
tampoco aportan bien. Alguien prefiere
este o el otro, pero nadie sabe
cómo son. Una vez es padre un día
y otras padrastro. ¡Afortunado el hombre
que conoce estas cosas, y regula
su trabajo por ellas, y aparece
sin culpa ante los dioses, observando
augurios, y evitando los delitos!





Océano y las Ninfas.

NOTAS AL POEMA DE HESÍODO

NOTA I.^a La autenticidad de esta invocación fué negada por Aristarco, Crates y Plutarco. Pausanias cuenta que, visitando el Valle de las Musas, al pie del Helicón, recogió de los sacerdotes de aquel lugar las tradiciones más contradictorias acerca de Hesíodo. Unos, le atribuían numerosos poemas; otros, no reconocían como auténtico sino el de los *Trabajos*, y aun le suprimían la invocación. Para justificar este corte, mostraban cerca de la fuente de Aganipe un antiguo texto de los *Trabajos*, grabado en plomo, y en este texto el preludeo no existía. Semejante falta nada prueba, sin embargo. Hay que tener en cuenta que la invocación está dirigida a las Musas de Pieria, y que siendo el grabado un *anathema* u ofrenda a las del Helicón, es lo natural que el devoto que lo ofreciese suprimiera aquella parte, y que los sacerdotes enseñaran, como el único verdadero, el texto mutilado. Hasta el fin del siglo IV, antes de J. C., nadie había dudado de su autenticidad; pero en dicho siglo Praxifanes, discípulo de Teofrasto, vió el texto del *Mouseion*; con



su testimonio, Aristarco señaló como apócrifa la invocación; y bajo la autoridad de Aristarco, Crates y Plutarco afirmaron lo mismo. La crítica moderna restablece la verdad de los hechos, a saber: que estos versos son de Hesíodo y que no pueden servir de introducción a otro poema que al de los *Trabajos*.

NOTA 2.^a

Κλυθι ἰδὼν ἄτων τε, δίκη δ' ἴθουε θέμιστας.
τύνη. Εγὼ δὲ κε, Πέρση, ἐτήτυμα μυθησαίμην.

Estos dos versos son la transición del prelude al comienzo del poema. He aquí algunas traducciones que de ellos se han hecho:

«Jettez sur moi, ô roi des dieux, un regard de bienveillance, et prêtez l'oreille à ma voix: inspirez l'équité à ceux qui rendent la justice; pour moi, je me charge d'enseigner la vérité à Perses.»

(M. Bergier.—L'origine des dieux du Paganisme.)

«Ecoute, ô Zeus qui entends et vois tout, et conforme nos jugements à ta justice. Pour moi, j'enseignerai à Perses des choses vraies.»

(Leconte de Lisle.)

«Entends ma voix: regarde, écoute; que la justice règle tes arrêts, à Toi! Moi, je vais à Perses faire entendre des vérités.»

(Paul Mazon.)

A pesar de sus diferencias, las tres traducciones coinciden en ser una imprecación a Zeus, reservan-

TRABAJOS Y DIAS

do a Persa el papel de tercera persona. En el original griego falta el vocativo Zeus. Es más: viene hablando de Zeus en tercera persona en los versos anteriores. En cambio, existe en ellos el vocativo Persa. Yo creo que es a Persa a quien Hesíodo se dirige en las dos cláusulas de los dos versos, y así lo traduzco. El error de los traductores citados nace, a lo que entiendo, de creer que la palabra θεμιστας se refiere a las sentencias de Zeus o a las de los reyes; siendo así, que aparece bien claro que con ella nombra Hesíodo las determinaciones de la voluntad de su hermano Persa, a quien se dirige. Interpretado de cualquier otro modo, el pasaje resulta incongruente y obscuro.

NOTA 3.^a Antes de dar Hesíodo a Persa los consejos con que se propone obsequiarle en el poema, empieza por fijar bien los términos de esta distinción entre las dos clases de luchas o competencias que entablan los hombres: una que tiene por base la envidia de lo ajeno, y que se vale de malos medios, como es el de la corrupción de los jueces, para disputarse los hombres las riquezas, o del robo, para tomárselas por su mano; y otra, la noble emulación, que se vale del trabajo para acrecentar la fortuna propia e igualarla a la ajena. El poeta, para hacerse entender, recurre a un proverbio: «¿Quién es tu enemigo? El que es de tu oficio.» Y lo desarrolla hablando de los celos entre los hombres de la misma profesión.

NOTA 4.^a Es admirable la congruencia que existe entre las diversas partes del poema. Después de hecha la distinción de las dos clases de luchas, Hesíodo aconseja a su hermano que evite esa contienda que se complace en el mal, tanto más funesta cuanto que aparta al hombre de la lucha noble y bienhechora, que provoca al trabajo y conduce a la riqueza.

Persa ha creído que por medio de los litigios podría alcanzar la fortuna; ha corrompido a los jueces, ha perjudicado al hermano; y, a pesar de todo, Persa se ha arruinado. Una funesta ilusión le ha perdido, como perderá a los reyes sus cómplices, y a cualquiera que persiga la riqueza sin reparar en los medios, en lugar de contentarse con los bienes que la tierra da. «¡Insensatos!—exclama el poeta;—no saben que la mitad vale más que el todo, y que contentarse con malvas y asfodelo es la verdadera riqueza.»

Con esto quedan planteados los dos temas de la composición: el Trabajo y la Justicia, y vemos ya el lazo que los une. Honrar a la buena *Eris* es, al propio tiempo, huír de la *Eris* perversa: el verdadero medio de ser justo es trabajar. Estas son las verdades que Hesíodo se propone decir a Persa; todos los consejos que le dé serán sólo expresiones diversas del mismo pensamiento. (Paul Mazón: *Obra citada.*)

NOTA 5.^a El mito de Prometeo y de Pandora es la prueba de la verdad enunciada en los versos an-

TRABAJOS Y DIAS

teriores. Es necesario trabajar para asegurar la vida, en vez de procurar, por medios inicuos, apoderarse de los bienes ajenos. El trabajo es la ley del hombre. No pretendas librarte de ella, porque es el mismo Zeus quien la ha impuesto a los hombres, para tomar venganza del protector de éstos, Prometeo, que había pretendido engañar a los dioses, y que después robó el fuego que Zeus había ocultado a la Humanidad.

Zeus ordena la creación de Pandora, que lleva en su ánfora a los hombres, entre todos los males, la «ruda labor», la fatiga, que consume y mata. Prometeo mismo, tan hábil, no ha podido triunfar de los dioses. La voluntad de Zeus se ha cumplido. Y esta voluntad era que los hombres sufriesen, pero también que pudieran vivir, que estuvieran sin cesar expuestos a las enfermedades y a la muerte, y que no pudieran prever estos males, porque la presciencia hubiera hecho desaparecer toda actividad en el mundo. Al mismo tiempo Zeus ha mandado, junta con los males, a la Esperanza; y cuando aquéllos se han dispersado, Zeus ha tenido a bien que la Esperanza permanezca detenida en el ánfora como un bien consolador, siempre a disposición del hombre.

Los mortales vivían antes en la abundancia, sin esfuerzo ni fatiga, y sin sufrir, pasaban de la vida a la muerte, como en dulce sueño. Ahora trabajan y sienten dolor. Las fatigas, las enfermedades, los accidentes los aniquilan; pero la Esperanza les permite vivir: ella les oculta los males que los amenazan, que llegan de improviso, en silencio; porque

Zeus, en su sabiduría, les ha privado de la voz.
(Paul Mazón.)

NOTA 6.^a Los cuadros que traza Hesíodo de las diferentes edades de la Humanidad, tienden a demostrar que la decadencia progresiva de los hombres ha tenido por causas la discordia y la injusticia. De las dos verdades que expone el poeta, «el trabajo es la ley del hombre» y «la injusticia es su perdición», no ha probado aún más que la primera. Por el mito de las edades demuestra la segunda. Los hombres de la edad de oro tienen el premio que merecen por haber sido justos: son, después de muertos, los buenos espíritus guardianes de los hombres y dispensadores de la riqueza; los de la edad de plata, no tan justos, sólo alcanzan el papel de bienaventurados de segunda clase; los de la edad de bronce, que se dan la muerte por sus propias manos, desaparecen sin dejar huella. Cada raza tiene la suerte que merece. Vienen después los héroes, raza de la virtud valerosa, que encuentra su recompensa, tras de la muerte, en las islas Afortunadas. Pero en seguida vuelve la Humanidad a decaer, y Hesíodo se lamenta amargamente de pertenecer a los hombres de la edad de hierro. Y después de hacer una soberbia pintura de todos sus crímenes, y de anunciar el triunfo y el desenfreno de la injusticia, amenaza a los reyes con el castigo que les espera, y les manda detenerse en la pendiente fatal. El mito de Prometeo ilustra la idea del trabajo; el de las edades, la idea de la justicia. Ningún hombre puede apar-

TRABAJOS Y DIAS

tarse de la ley del trabajo; ninguna raza se apartará de la justicia sin hallar su castigo.

NOTA 7.^a Ha llamado la atención de la crítica moderna que aparezca entre las formas de pensamiento empleadas por Hesíodo, esta fábula del Milano y el Ruiseñor, que han venido, hasta nuestros días, aprovechando en sus colecciones los fabulistas. Es muy verosímil que la fábula naciera en la India con su hermano el apólogo. En ese caso, ¿ha experimentado Hesíodo la influencia de las obras de los moralistas orientales transmitidas por medio de la religión? Y si los conocimientos del poeta labriego no alcanzaban a una civilización tan apartada, ¿cuáles han sido entonces los antecedentes de la fábula hesiódica?

Si se tiene en cuenta el realismo del genio de Hesíodo, no es desacertado suponer que la misma observación de la Naturaleza ha ayudado a la elaboración de la fábula, sin ninguna otra influencia de extraña literatura. La contemplación de aquel cantor inocente en las garras de una fiera alada ha podido despertar en el espíritu del poeta de Ascra la comparación de la citada escena con su propia historia, y más fácilmente existe esta probabilidad, euanto que en Beocia abundan las gavilanes, y los ruiseñores en toda Grecia.

Está además conforme esta manera de expresar pensamientos por fábulas, no sólo en general con las literaturas morales, sino además con los mismos procedimientos de Hesíodo en todo lo demás de su

poema. La historia del Milano y el Ruiseñor no es un hecho aislado en los *Trabajos* como relato alegórico. Es verdad que es el único en que los personajes son animales; pero una fábula también puede representarse por hombres. Un labriego que no tiene bueyes va a pedir prestados los del vecino: «Préstame tus bueyes y tu carro.» «Mis bueyes—responde el otro—los necesito para mí.» Si no en todo su desarrollo, por lo menos en boceto, existe en la escena anterior un apólogo acerca de los inconvenientes de la imprevisión. Para demostrar las ventajas de llevarse bien con los vecinos, los representa Hesíodo acudiendo sin mudarse de ropa, mientras los parientes se toman tiempo para ataviarse. Es un cuadro trazado con dos rasgos, pero ha servido para que de él salga una fábula esópica, copiada después por La Fontaine y otros. Este género de demostración es tan familiar a Hesíodo, que nadie debe extrañarse de ver una fábula mezclada con mitos y preceptos morales en el poema de los *Trabajos*.

Por otra parte, en el poeta que sirvió a Hesíodo de modelo, en el mismo Homero, a quien los antiguos han atribuído una o varias fábulas, aunque es poco probable que aedas épicos las compusieran, existen ya fundamentos que han podido servir a la aparición de esta forma: en la *Iliada* es muy frecuente pintar los hombres con rasgos de animales; los guerreros son comparados en dicha epopeya con leones, jabalíes o buitres, con chacaes o con asnos; sobre el escudo de Aquiles graba Hefaiostos escenas de guerra entre animales, que son verdaderas alegorías de las que ocurren entre los hombres. La fábula

TRABAJOS Y DIAS

la de Hesíodo tiene, pues, sus raíces en la epopeya homérica. (Pierre Waltz, obra citada.)

NOTA 8.^a Todo este capítulo presenta, en un largo desenvolvimiento, la refutación completa de las palabras del milano al ruseñor. Los reyes que, sobornados por las dádivas de Persa, le dieron injustamente la razón contra su hermano, llevan su merecido: el vengador Horcos los persigue; Dike, ultrajada, clama contra ellos, hace llover estragos sobre su ciudad; Zeus decreta la venganza, y el hambre y la peste se ceban en un pueblo por causa del mal juez que en él ha delinquido. Y no esperen los reyes escapar a la cólera divina: todo lo ve Zeus; miles de espíritus, hijos suyos, viven entre los hombres, y los vigilan; vagan envueltos en el aire, y ven las buenas obras y las malas. Y Dike, o sea la Justicia, también hija de Zeus, está entre ellos, y se queja a su Padre de los hombres que la dañan. Quédese para las fieras el devorarse entre sí: el dón santo de la Justicia no se hizo para ellas, sino para los hombres. Cuando éstos la respetan, tienen la recompensa que Zeus les otorga: para ellos es el trigo que la tierra produce, para ellos las bellotas y la miel y la lana. Sus mujeres les dan hijos que llevan en la cara el sello de sus padres, y no tienen que buscarse la vida en los azares de la navegación, porque encuentran en su campo seguro medio de vivir.

NOTA 9.^a «¿Sería yo justo, ni dejaría que mis hijos lo fuesen, si esto fuera malo?» Es una razón od-

derosa. Hesíodo predica con el ejemplo. Los traductores no han entendido este pasaje, y lo transcriben así: «Desde ahora ya no voy a ser justo, ni mis hijos tampoco, puesto que es una desgracia serlo.» Traducido en esta forma, resulta el pasaje incongruente con todo lo demás. La palabra εἴην no es subjuntivo, sino optativo, y hay que traducirla por *sería o fuera*. La cláusula, además, es a todas luces interrogativa.

NOTA 10. Hasta aquí Hesíodo, aun dirigiéndose a Persa, pensaba, más que en nada, en los reyes. Pero ya ha dicho a éstos cuanto tenía que decirles; de repente se acuerda de que habla con su hermano, cambia de tono, y familiarmente empieza a darle consejos como hombre que se interesa por el bien de otro. Esta brusca transición, y el desorden aparente de las máximas, han hecho pensar a críticos como Kirchhoff y Meyer que, a partir de estos versos, se trata ya de otra obra de Hesíodo distinta de la inspirada por el pleito con su hermano. Sin embargo, examinada con más detenimiento esta parte del poema, ¿no vemos la estrecha relación que guardan sus ideas con todo lo anterior? Las máximas, al parecer incoherentes, los consejos sueltos encaminados a la conducta, ¿no se dirigen todos a esa unidad superior que se condensa en el precepto final de este capítulo, en el consejo dado a Persa de que no se canse de trabajar, y realice trabajo sobre trabajo? ¿Y es acaso nuevo este motivo? ¿no es el mismo del mito de Pandora? ¿no está implícitamente contenido en los versos que se refieren a la noble competencia

TRABAJO Y DIAS

entre los hombres? ¿no tiene también su relación estrecha con el tema de la Justicia?

Muestra Hesíodo a Persa, en primer lugar, las dos sendas de la virtud y del vicio, ardua la primera en sus comienzos, llana y fácil de seguir la segunda; aquélla es la del trabajo, y en sus primeros pasos ponen los dioses fatigas y sudor; sin embargo, es la que debemos seguir, y es la que sigue el hombre que todo lo ve claro; es la que prescribe al ignorante dócil un consejero fiel, y es la que abandona el hombre inútil que no se deja dirigir por saludables consejos. Cuando se llega a la cumbre, cuando se vencen las primeras dificultades, la senda de la virtud se hace suave. Ceres, de espigas coronada, colma el granero; el hombre sale lleno de ganados y de opulencia, y estas riquezas adquiridas por el trabajo son las que los dioses mandan y las que aprovechan. Con ellas el hombre se convierte en un dios. El trabajo nunca es deshonesto. El que por vergüenza mal entendida deja de trabajar y se esteriliza en la timidez, cae en la inopia; la audacia, en cambio, conduce a la prosperidad.

El hombre vago es como un zángano que devora la miel que otros fabrican; la ociosidad es deshonesto. Es prueba de estolidez envidiar el bien ajeno. Las riquezas robadas no aprovechan: aquellos que a mano armada las adquieren, o con engaños, son anulados por los dioses, ven deshechas sus familias, y se quedan sin riquezas en poco tiempo. La ociosidad conduce a crímenes horrendos: despojar a huérfanos, injuriar a los ancianos padres, deshonesto al hermano o al amigo. Para estos crímenes la ira de

Zeus ha fijado la pena del talión. La consecuencia de este paralelo es el consejo siguiente: «Trabaja, hijo de dioses, no incurras en semejantes crímenes; sacrifica a los dioses. Así comprarás tú los campos ajenos, y nadie el tuyo.»

A este consejo siguen unas cuantas reglas de conducta que se encaminan a conservar la riqueza adquirida por los buenos medios; lo primero es vivir en buena armonía con los vecinos, que son los que pueden auxiliarnos si nos encontramos en algún apuro, y los que más fácilmente producirán daño en nuestros bienes, si no nos quieren bien; hay que conservar con ellos el crédito, siendo formal en los tratos; no debemos aprovecharnos de ganancias injustas; hay que pagar en la misma moneda que se nos pague, amar a quien nos ama, socorrer al que nos socorra, dar a quien nos da; hay que conservar algo de lo que se gane y guardarlo en casa, añadir un poco a otro poco constantemente para reunir un mucho; detenerse a tiempo en el camino del derroche; ahorrar del tonel cuando esté a la mitad; prevenir los ataques a nuestra hacienda llevando testigos a los convenios, aunque se hagan con un hermano, porque la excesiva buena fe puede salirnos cara; no dejándonos seducir por cantos de sirena de mujer que se engalane, la cual, para nuestra fortuna, puede ser tan dañina como el ladrón; y hay que fundar una familia, y criar hijos trabajadores que traigan la opulencia a la casa. «Dios dará para todos, si son muchos. Si nos traen preocupaciones, también nos traerán beneficios.»

TRABAJOS Y DIAS

Luego viene la consecuencia final de todas estas máximas, consecuencia que corona el capítulo:

«Si apeteces riqueza, el medio es este:
trabajo realizar sobre trabajo.»

Respecto al precepto relativo a los hijos, no estoy conforme con los que traducen: «Sé prudente y limita el número de tus hijos; no tengas más que uno, y déjalo en tu lugar cuando mueras viejo; así la riqueza crecerá en tu casa.» En los tiempos de Hesíodo no se conocían estas reglas de prudencia, que son en nuestros días el cortejo del egoísmo y del propósito de darse una buena vida y no cumplir con los deberes de la especie.

NOTA 11. Después de sentar el principio de que hay que trabajar sin interrupción, pasa Hesíodo a exponer el desarrollo del mismo en las dos grandes clases de trabajos conocidos en su tiempo: los trabajos de la tierra y los del mar, agricultura y navegación, dedicando a cada uno de ellos un capítulo especial. Ni uno ni otro de estos tratados contienen las reglas que en aquellos tiempos serían necesarias para ser un buen agricultor ni un buen navegante. El poema de Hesíodo es sólo un poema, y no una obra técnica ni científica; además, Hesíodo se dirige a gentes que saben tanto como él la práctica de las artes de que les habla, y no necesitan otros consejos ni advertencias que aquellos que se contienen en esos preceptos de prudencia, hijos de la observación de la realidad, que constituyen una especie de sabi-

duría popular contenida en los adagios, y que son de todos los tiempos y todos los países; estos preceptos llegan a veces a descender a detalles nimios, como los de las dimensiones que han de tener los instrumentos de labor que el hombre de campo debe construir; y todos ellos aparecen como engarzados en la trama del motivo principal del poema, que no es otro sino recordar a Persa constantemente la necesidad que tiene de aplicarse al trabajo.

Estos adagios están colocados en el poema con un cierto orden, que es el de la oportunidad; ninguno está sino en el sitio que le corresponde para contribuir a la demostración de una verdad. Es inexacta, pues, la conclusión de Lehrs, que dice están dispuestos en orden alfabético, como es asimismo peculiar afirmar que han sido interpolados por manos extrañas en el texto hesiódico.

NOTA 12. «Siembra desnudo, labra sin ropa, siega sin vestidos», quiere decir que estas operaciones han de hacerse en tiempo de calor: unas después de haberse terminado los fríos del invierno, y otras antes de que lleguen sus rigores. Virgilio, que se gloriaba de ser imitador de Hesíodo, aclara el sentido de la frase añadiéndole su explicación:

«*Nudus ara, sere nudus: hiems ignava colono.*»
(*Geórgicas*, I, 299.)

«Desnudo ara, siembra desnudo: el invierno es inactivo para el labrador.»

TRABAJOS Y DIAS

NOTA 13. Nada mejor que este pasaje prueba que no se trata aquí de un nuevo poema, como algunos quieren. En el momento de enumerar los largos trabajos que ocupan la vida dura del labriego, cree Hesíodo oportuno volver a recordar a su hermano, por si pudiera hallarse asustado de tanta labor, que el trabajo es una ley a la que nadie puede sustraerse. (Paul Mazon.)

NOTA 13 bis.

«... ni con tu mano descarnada oprimas
algún carnoso pie.»

Esta es la traducción, palabra por palabra, del

λεπτῇ δὲ παχὺν πόδα χεῖρὶ πιάζης,

frase con que termina el verso 497 del poema *Erga kai Hemera*.

¿Cómo, pues, traductores y comentaristas, todos a una, dan a esta frase, un poco ambigua, una misma interpretación clara y concreta, que es falsa a todas luces? No me lo explico sino habiendo aceptado todos ellos, sin analizarla, la versión de un primer traductor, que se pasó de listo, creyendo haber dado con la explicación del obscuro concepto.

Yo dejo la frase como está en el original, pero voy a decir el pensamiento que a mí me sugiere. Esa mano descarnada que oprime carnoso pie es la mano del hombre hambriento y desvalido que se echa a los pies rollizos del hombre rico para pedirle protección. ¿No es verdad que semejante interpreta-



ción es lógica y conviene con el tono general de la obra hesiódica y con el estilo sibilítico de muchas otras frases de la misma? Lo que no puede ser de ninguna manera es que el hombre de mano flaca se oprima su propio pie *hinchado por enfermedad*.

¿Para qué se lo oprime? ¿y qué imagen poética es ésta? ¿y dónde está en el original lo de la enfermedad?

NOTA 14. En esta composición sorprende, dice Paul Mazon, la importancia que se da a la pintura del invierno; esta descripción ocupa dos quintas partes del conjunto del trozo, siendo así que el invierno no trae para el labriego ninguna ocupación importante. Y en efecto, aquí no encontramos indicación alguna de trabajo rústico, sino, al lado de consejos para preservarse del frío, una descripción sin utilidad para el propósito general del poeta, y escrita sin otro fin que el de la misma descripción. Lo que más admira no es el encontrar en ella nombres jónicos, como el de Leneón; formas probablemente eolias, como *δείκνω*, reminiscencias numerosas y algo banales de la epopeya, expresiones geográficas impropias de un beocio, sino ciertos procedimientos de composición que parecen extraños al poeta a quien se debe el resto de los *Trabajos*. Tentado estuve, añade, por mucho tiempo a admitir, con gran número de críticos, la no autenticidad del pasaje. Pero pensándolo más despacio, las dificultades que entraña esta hipótesis son mucho mayores que las que presenta la tesis opuesta. ¿Dónde comienza y dónde acaba la interpolación? El final del

TRABAJOS Y DIAS

pasaje es, indudablemente, hesiódico, porque contiene los consejos que Hesíodo no se dispensa de dar a Persa sobre su conducta durante el invierno. Este final es el que aclara la razón de ser del trozo poético. Creo firmemente también en la autenticidad de los tres primeros versos que hablan del mes Leneón, pues su movimiento familiar tan vivo, parece llevar la marca de Hesíodo. ¿Es que vamos a juntar estos versos con los del final, suprimiendo los intermedios? ¿Cómo, si las palabras *kai tote* suponen un desarrollo intermediario bastante largo? ¿Acaso el original de este desarrollo ha sido reemplazado por un trozo tomado a un rápsoda jonio? Esto no es imposible en absoluto. Pero examinémoslo más detenidamente. Las reminiscencias épicas son, sin duda, numerosas; pero ¿no lo eran también en otros pasajes de autenticidad indudable? Las formas jónicas y eolias pueden ser igualmente reminiscencias o imitaciones. Por otra parte, la manera de designar al pulpo por un epíteto que lo define (*anósteos*, sin hueso) es un procedimiento peculiar a Hesíodo. Estas repeticiones, estas pesadas insistencias que no encontramos, en verdad, en los versos sobrios y robustos del resto del poema, ¿recuerdan mejor la poesía jónica? A mi parecer, se armonizan más con el tono humorístico, un poco rudo, que podemos atribuir a Hesíodo, que con el carácter general de aquella poesía. Y este tono, ¿no es en verdad grandemente sensible en aquella punzante antítesis entre la doncella que, después de bañar su tierno cuerpo y de frotarlo de óleo, irá a acostarse en el fondo de su alcoba, y el pulpo que

roe sus tentáculos en su mansión sin lumbre ni alimentos? Creo, pues, por mi parte, que el trozo entero es de Hesíodo, y que nos permite apreciar un nuevo aspecto de su poesía, que cuando quiere describir imita la poesía jónica con una insistencia que no disimula cierta inhabilidad, pero que conserva los rasgos originales del autor: vigor y sinceridad. (Paul Mazon.)

NOTA 15. A los consejos relativos al campo suceden los que se refieren a la navegación; éstas son para el poeta las dos formas principales del trabajo humano. Ya las había colocado juntas al principio de su poema cuando decía:

«Colgado al humo
tuvieras el timón; tuvieras bueyes
y mansos mulos de labor en ocio.»

Como los de la agricultura, los consejos para la navegación empiezan por versos dirigidos a Persa; Hesíodo le recuerda lo que era el padre de ambos, y cómo tuvo necesidad un día de embarcarse, abandonando Cumas de Eolia para huír de la miseria. Una vez más se comprueba que el poeta se ha propuesto enlazar las diversas partes de su obra con el recuerdo constante de la persona a quien va dedicada, y subrayar así el carácter práctico del trabajo. La unidad de tono está marcada con la repetición del vocativo μέγα νηπιε πέρση, *muy estólido Persa*, y también por esos versos llenos de sencilla ingenuidad, en que confiesa Hesíodo su inexperiencia en la

TRABAJOS Y DIAS

navegación. Plutarco dudaba de la autenticidad de dichos versos; yo creo que es atribuir demasiado ingenio a un interpolador. Hay quien ha creído que todo el pasaje relativo al trípode conquistado en Calcis había sido interpolado para justificar la presencia en el *Mouseion* de un trípode consagrado por Hesíodo a las Musas (*Pausanias*, IX, 31, 3). ¿No es más verosímil suponer que, por el contrario, el texto hesiódico haya sugerido la idea de mostrar a los peregrinos un falso trípode? (Paul Mazón, obra citada).

NOTA 16.

«Cuida, Persa,
de hacer a tiempo todos los trabajos,
pero más los del mar...»

Así comenzaban los consejos sobre la navegación. Ahora se vuelve a repetir esta regla de la oportunidad cuando Hesíodo, figurándose a su hermano establecido ya en su tierra de labor e instruido suficientemente de la estación a que cada trabajo corresponde, se dispone a instruirle también en las máximas que debe tener presentes para conducir su vida por buenos caminos. La primera observación que se le ocurre es la relativa a la elección de esposa. Esta elección ha de ser hecha también a su hora. La palabra *ωραῖος* aparece a cada paso en el poema de Hesíodo; se lee ya al principio de los *Trabajos*, abre y cierra los consejos agrícolas, inaugura los de la navegación, y se emplea asimismo en los relativos al matrimonio. Los *Trabajos* son el poema

EL POEMA MORAL

de la oportunidad (*καιρος*), y el calendario que lo termina es una conclusión natural, y no un apéndice artificial y superfluo; después del *kairos* fijado por la Naturaleza, viene en *Los Días* el *kairos* determinado por la religión.

Los consejos acerca del tiempo oportuno para casarse, dirigidos por Hesíodo a Persa, prueban que éste estaba soltero a la sazón. Es verdad que, al principio de la agricultura, dice el poeta:

«Trabaja en esas obras que los dioses
a los míseros hombres destinaron,
antes que un día, con dolor de tu alma,
con hijos y mujer, busques sustento,
y acudas al vecino, y te desprecie.»

Pero estos versos no indican la realidad de la situación que pinta en ellos Hesíodo, sino la posibilidad de que algún día, casado su hermano, se viera en el trance que describe.

Las precauciones que aconseja Hesíodo para la elección de esposa, así como lo que antes dijo a Persa acerca de que no se dejara seducir por una mujer, y la frase:

«Confiar en hembras
es igual que entregarse a los ladrones»,

son claras pruebas de que, en aquellos lejanos tiempos de Hesíodo, no eran todas las mujeres modelos de buenas costumbres.

TRABAJOS Y DIAS

NOTA 17. Antes de exponer Hesíodo lo que debe hacerse en tal y tal día, va diciendo primero lo que no debe ser hecho en ningún tiempo. Esta parte del poema se anuncia por un verso fórmula:

«Piensa bien que los dioses te están viendo,
y que te han de juzgar.»

Los preceptos que siguen son prohibiciones, y comienzan cada uno por la palabra μηδέ, en latín *neve*, en castellano *ni*. La alusión a la presencia y al juicio de los dioses es tanto más oportuna cuanto que la mayor parte de las prescripciones no se fundan en razón alguna, y sólo pueden explicarse por ley religiosa, de la que el hombre no tiene por qué pedir cuentas. Entre estos preceptos los hay verdaderamente peregrinos para nosotros, como los que se refieren a necesidades fisiológicas.

NOTA 18.

«Tiene un tesoro aquel que tiene lengua
parca en hablar.»

Este aforismo no es una creación de Hesíodo, sino que es anterior a la civilización helénica, y ya era, antes de Hesíodo, familiar a la nación griega, la cual todavía hoy le cita con frecuencia. Los griegos modernos dicen: «Plata la conversación, oro el silencio.» Los proverbios nacen del buen sentido popular, producto espontáneo del suelo, que, bajo diversas apariencias, es siempre el mismo en el fondo. El Antiguo Testamento, por ejemplo, es muy



rico en máximas de diversos géneros: los nueve primeros cantos del *Libro de los Proverbios* no consisten sino en enseñanzas dogmáticas: «Hijo mío, escucha mis palabras»; «Hijo mío, oye mi sabiduría», etcétera; pero los siguientes están compuestos sobre todo de proverbios, entre los que algunos recuerdan, con bastante semejanza, ciertas sentencias hesiódicas: «Tesoros mal ganados no aprovechan», «Mano perezosa empobrece, mano diligente enriquece», «La lengua del sabio es de plata preciosa», «El pobre es odioso a su igual», «El ojo de Dios está en todas partes», «El que cultiva su campo tiene con qué hartarse».

Los latinos citaban con frecuencia proverbios idénticos a los de Hesíodo, como en esta frase de Plauto:

*Nunc verum ego illud verbum esse experior vetus,
aliquid mali esse propter vicinum malum.*

(Mercator, v. 771.)

Entre los pueblos modernos ninguno es quizás tan sentencioso de por sí como el de los compatriotas de Sancho Panza, y más de un proverbio hesiódico tiene su equivalente en español.

A los versos de Hesíodo sobre la discreción pueden referirse los refranes siguientes: «La boca y la bolsa, cerradas»; «La lengua larga es señal de mano corta» (J. Ortiz de Casso: *Colección de refranes o proverbios castellanos*, Marseille, 1849). «Trabaja, dice Hesíodo a Persa, para que Deméter te quiera»; este es nuestro proverbio: «*Aide-toi, le ciel t'aidera*».

TRABAJOS Y DIAS

dera»; el español dice también: «Al valiente, Dios le ayuda» (Ortiz, pág. 11). «Es necesario desconfiar—dice Hesíodo—de una mujer coqueta que codicie tu fortuna»; idea que el español expresa en estos términos: «La mujer, cuanto más se mira la cara, tanto más destruye la casa» (Ortiz, pág. 49). Los bascos dicen igualmente: «Toma mujer y échate a dormir, que ella se ocupará de despertarte» (Oihenart: *Atso-tizac edo refranac*. Colección de proverbios; París, 1657, prov. 119). ¿No es esto lo mismo que hemos visto en Hesíodo, «abrasar sin llama a su marido?» En fin, un proverbio corriente en España: «Muchos pocos hacen un mucho» (Ortiz, pág. 60); es la traducción muy exacta de dos versos de los *Trabajos* (361-362).

(Pierre Waltz.)

NOTA 19. Entiéndase este final: «No desafíes la opinión. Quizás te parezcan algunas de estas reglas simples rutinas, indiferentes a los dioses; pero el convenio universal, o sea la opinión, las tiene muy en cuenta, y la opinión debe ser respetada como una diosa. Esta es la justificación natural de las reglas, que enlaza con aquel principio del respeto debido a los dioses. La fama también es una diosa, y se la debe respetar.»

NOTA 20. El comienzo del capítulo de *Los Días* ha parecido extraño a los comentaristas. ¿Cómo empezar la enumeración por el último día? A este propósito dice Paul Mazon:

«Leamos estos versos sin prevención, tal como se presentan en los manuscritos, y comprenderemos sin trabajo que las últimas palabras se encaminan a refutar una opinión que Hesíodo estimaba falsa. Sin duda no existía acuerdo sobre el día en que se necesitaba distribuir las raciones e intervenir el trabajo; muchos querían, tal vez, que fuese el primer día del mes; pero los que, como Hesíodo, «conocen la verdadera observancia de las fechas», saben que este día debe ser el último del mes precedente; que Persea empiece, pues, por declararlo a sus criados. El carácter de instrucción personal del poema se deja así reconocer hasta el fin. Después de establecido el punto de partida, entabla Hesíodo la enumeración de los diferentes días «He aquí los días de Zeus omnisciente». Y termina: «Dichoso aquel que, sabiendo todo lo que concierne a los días, realiza su tarea sin ofender a los inmortales, observando los avisos celestes y evitando toda falta.»

Esta es la ciencia que ha querido comunicar a su hermano. Los avisos celestes (*δρνιθας*) son los preceptos mismos que le ha dado en estos últimos versos; las faltas son los incumplimientos de estas reglas. Parece indudable que ésta es la conclusión y no el comienzo de un poema.



AFRODITA Y ANQUISES

EL PEQUEÑO POEMA AFRO- DITA Y ANQUISES

DE UN ANÓNIMO POETA DE LA ES-
CUELA HOMÉRICA. PRIMERA VERSIÓN

LITERARIA CASTELLANA POR MIGUEL JIMÉ-

NEZ AQUINO, BIBLIOTECARIO DEL SENADO. *Ilustra-*

da con dibujos, fotografados por CIARAN, de varios artistas.



BIBLIOTECA
DEL
INSTITUTO PROVINCIAL
SORIA

BIBLIOTECA GRECOLATINA



FLAXMAN.—La bella coronada Citerea...

EL PEQUEÑO POEMA

AFRODITA Y ANQUISES

(Uno de los llamados «Himnos homéricos»)

I

MUSA, dime las obras de Afrodita,
la Cipria Diosa reluciente de oro,
la que apetitos dulces estimula
en dioses, y domina toda raza
de hombre mortal, las aves del espacio,
y cuantas fieras nutre el continente,
y cuantas cría el mar. Con sus ardides
la bella coronada Citerea
inquieta el alma de los seres todos.
Sólo son tres las diosas que no puede
ni domar, ni engañar: es una, Palas,
la de los ojos glaucos, la nacida

EL PEQUEÑO POEMA

de quien la égida lleva. No le placen
de Afrodita los gustos; sólo quiere
los hechos de Ares emular: lucirse
en guerras, en combates y en batallas.
Ella enseñó a terrestres operarios
carros a hacer con guarnición de bronce;
ella también a vírgenes mujeres
de tierna edad, labores muy notables
hizo aprender, su mente iluminando.
Ni tampoco a Artemisa clamorosa,
la de doradas flechas, domar pudo
con risueños amores Afrodita.
Gusta Artemisa de arcos; quiere fieras
matar; ama las liras y los coros,
los vibrantes clamores en los bosques,
y las ciudades de los hombres justos.
Ni a otra doncella veneranda, Vesta,
los juegos de Afrodita agradan. Cronos
antes que a nadie la engendró; mas ahora
ella la menor es, porque así a Zeus,
el que se viste la égida, le place.
A esta púdica diosa apeteían
Apolo y Poseidón; y a nadie quiso
Vesta, y los rechazó, y hasta hizo un voto,
que es un indestructible juramento.
Tocó del Padre Zeus la cabeza,
y ofreció virgen ser toda la vida,
para honor de las diosas. Y a ella el Padre
le otorgó un bello dón, en vez de nupcias.

AFRODITA Y ANQUISES

En medio de la casa, desde entonces,
reside con la llama. Y en los templos
divinos goza honor. Y para todo
mortal es venerable entre las diosas.

II

A estas tres, Afrodita nunca puede
ni domar ni engañar; mas sér ninguno,
fuera de ellas, se escapa de sus artes,
ni entre dioses piadosos, ni entre hombres.
Llegó hasta seducir al mismo Zeus,
que con el rayo goza, y el más grande
de los númenes es, y al que más honras
le tocaron en suerte. Y Afrodita
siempre que quiso le engañó; le hizo
en el lazo caer de hembras mortales;
le hizo olvidarse de Here, que es consorte
y hermana de él, y que es entre las diosas
distinguida por bella; a la que Cronos
tuvo de Rea, su mujer augusta;
y a quien el mismo Zeus omnisciente
enseñó honestidad, para hacer de ella
la digna compañera de su lecho.
Mas Zeus, receloso de Afrodita,
también el ansia despertó en la diosa
de yacer con mortal varón, no fuese
que, de humano concúbito ella libre,
se atreviera a decir en el Olimpo

EL PEQUEÑO POEMA

la diosa del amor, con leve risa,
los dioses que echó en brazos de mujeres,
y los hijos mortales que engendraron
en senos de mujer, y los que diosas
incubaron mortales, hijos de hombres.
Y de Afrodita inoculó en el alma
un dulce amor a Anquises, que en los altos
montes del Ida, que las fuentes surcan,
apacentaba bueyes, y en el cuerpo
era a los inmortales semejante.

III

Cuando la diosa del Amor, risueña,
lo vió, quedó prendada, y un impulso,
de ofrecerse al mortal, tuvo. Afrodita
el camino de Chipre entonces toma,
y en el templo odorífero penetra
de Pafos. Tiene allí sagrado bosque,
y arde el incienso en el altar. Ya dentro,
las puertas cerró espléndidas. Las Gracias
la ayudan a bañar. Su cuerpo ungen
del óleo de los dioses inmortales
perfumado y sutil, que siempre tiene
para ella preparado. Y revestida
de bellas ropas ya, que al cuerpo ciñe,
de oro adornada, la risueña diosa
va a Troya con su amor, abandonando
la perfumada Chipre, y entre nubes

AFRODITA Y ANQUISES

altas haciendo rápido camino.
Llega al Ida, surcado de arroyuelos,



GUIDO RENI.—Afródita, adornada por las Gracias.

semillero de fieras, y al establo
recta va de las breñas por encima.

EL PEQUEÑO POEMA

Y de ella en pos aduladores vienen
los canos lobos, los ceñudos leones,
las osas, los leopardos insaciables
de la carne de ciervo; y al mirarlos,
regocijada el alma de Afrodita
en lo profundo de su sér, en todos
infundió el apetito de los goces.
Y todos a la vez, y por parejas,
buscaron los umbrosos vericuetos.

IV

La diosa al real establo llega, y solo
Anquises está en él, pues los zagales,
de los bueyes detrás, iban entonces
por los prados de hierba. Solo estaba
el héroe, pues; mas en su cuerpo brilla
la belleza de un dios; la lira pulsa,
y sus claros sonidos se dispersan
acá y allá. Quedó la hija de Zeus
en pie delante de él, pero la forma
de una inocente virgen ha adoptado
y el tamaño también, para que Anquises
no temblara al tenerla ante sus ojos.
Cuando el héroe la vió, quedó suspenso
de estupor, y miraba y remiraba
su porte, su belleza, sus vestidos.
En peplo de color de llama envuelta,
brazaletes y cálicas de oro

AFRODITA Y ANQUISES

luce Afrodita, y de su cuello suave
alrededor collares bellos tiene;
que, áureos, de todas formas, ¡oh prodigio!,
esplenden como lunas. Arde Anquises,
y se acerca a la diosa cara a cara,
y estas frases le dice: «¡Salve, reina
que llegas a esta casa; salve, diosa
Artemisa, Latona o Afrodita,
Temis ilustre, o Palas de ojos glaucos,
o alguna de las Gracias, que inmortales
se asocian a los dioses, o bien seas
Ninfa de las que en sacros bosques viven,
de las que habitan este bello monte,
o en las fuentes se bañan, o en los verdes
prados reposan, yo te alzaré un ara
en un lugar visible, en una cima,
para ofrecerte sacrificios bellos
en cualquier estación; tú, bondadosa,
dame entre los troyanos ser ilustre;
otórgame después florida prole,
un buen vivir, y ver la luz del cielo
feliz entre las gentes, y a las cumbres
de la vejez llegar.» La diosa, entonces,
hija de Zeus, le contesta: «Anquises,
glorioso entre los hijos de la tierra,
¿por qué con inmortales me confundes?
Yo no soy diosa: me parió mi madre
hembra mortal. Y fué mi padre Otreo,
príncipe poderoso cuyo nombre

EL PEQUEÑO POEMA

conocerás, pues en la Frigia toda
fortificada impera. Yo conozco
tu lengua, que aprendí como la mía,
porque, niña, en su casa me criaba
ama de Troya, y me educó pequeña
recibida de brazos de mi madre.
(Por eso entiendo bien la lengua tuya.)
Mas ahora vino el matador de Argos,
el portador del báculo de oro,
y me robó del coro de la diosa
que áureas flechas dispara con estruendo.
Muchas vírgenes, dignas de gran dote,
con sus ninfas jugábamos; gran turba
nos coronaba, alrededor, de gente,
cuando Hermes, el del áureo caduceo,
me arrebató de allí. Por sobre muchas
tierras llevóme cultivadas de hombres
y otras tantas sin dueño y sin cultivo
que las fieras crudívoras frecuentan
entre valles sombríos. Y no tocan
casi mis pies la madre tierra. El numen
me decía que el lecho era llamada
a compartir, de Anquises, como esposa
y a dar a luz preclaros hijos tuyos.
Dado el aviso, el Argicida fuerte
a la inmortal región voló sin duda.
Y aquí me tienes ya: duro se muestra
el sino para mí. Mas te suplico
por Zeus excelso y por tus buenos padres

AFRODITA Y ANQUISES

(buenos tienen que ser, pues te engendraron),
que ante ellos impoluta me conduzcas
e inexperta en amor, y que me muestres
a un padre noble, y a una madre honesta,
y a unos hermanos de tu sangre; y diles
que soy digna de todos, y que digna
mujer tuya seré. Veloz despacha
para los Frigios de ágiles caballos
un mensajero que a mis padres lleve
la nueva, y a mi madre, que la ansía.
Porque a ti quizás oro en abundancia
y trajes te enviarán, y muchos dones.
Y después que esto hicieres, con banquetes
celebra amables nupcias, que honor hagan
al hombre y a los dioses inmortales. »

V

Así la diosa habló, y un apetito
dulce infundió de Anquises en el alma.
Y él, herido de amor, entonces dice:
«Si alguien eres mortal, y humana madre
es cierto que has tenido; si es Otreo
tu ínclito padre, como tú lo cuentas;
y conducida por la mano de Hermes,
mensajero del cielo, aquí viniste,
mi mujer, en verdad, serás llamada a
para toda mi vida. En adelante
nadie me detendrá, ni dios ni hombre,



EL PEQUEÑO POEMA

hasta enlazarme a ti; y al punto, ahora,
Amor nos unirá, por más que el mismo
aventajado tirador Apolo
flecha mortal de su argentino arco
dispare contra mí. Mujer que eres
semejante a una diosa, en verdad quiero
a tu lecho ascender, aun cuando vaya
luego por siempre a la mansión del Orco.»

VI

Hablando así la mano le cogía;
mas, risueña Afrodita y amorosa,
resbalaba hacia atrás, y con los bellos
ojos fijos en tierra, al bien mullido
lecho se iba acercando, el cual estaba
dispuesto para el rey con suaves colchas
engalanado; encima de él yacían
pieles de oso y león, fieras que el mismo
Anquises ha cazado por los montes.
El espléndido manto de la diosa
de sus hombros cayó; luego fué Anquises
quitándole redondos brazaletes,
y broches, y botones, y collares;
desciñó el cinturón, y fué las ropas
dejando en rico solio tachonado
de clavos de oro; y luego, por sentencia
de dioses, un mortal yació con diosa,
no del todo sabiéndolo...



AFRODITA Y ANQUISES

VII

Ya vuelven

otra vez al establo los pastores,
de los prados floridos, las ovejas
y los robustos bueyes; y aún Anquises
al dulce sueño se entregaba suave.
Vuelta Afrodita a su esplendor de diosa,
con sus divinas ropas se adornaba.
Alrededor del cuerpo bien ceñidas
todas las prendas ya, la bella insigne
quedó ante el lecho en pie; su alta cabeza
tocar parece el techo artesonado.
De sus mejillas resplandor fulgía
de belleza inmortal, la que los dioses
ven en la coronada Citerea.
Y despierta al varón, y así le habla:
«Dardánide, levanta; ¿por qué duermes
con sueño tan profundo? Mira y dime
si te parezco ya la misma de antes.»
Así dijo la diosa, y él en sueños
pronto la oyó. Mas cuando vió los ojos
bellos, y la garganta de Afrodita,
tembló, y sus ojos dirigió a otra parte.
Y otra vez a ella vuelto, con la capa
recataba la faz, y en són de ruego
con aladas palabras le decía:
«Cuando te vi primero con mis ojos,



EL PEQUEÑO POEMA

conocí que eras diosa, y, sin embargo,
la verdad me negaste. Mas ahora,
por el dios de la égida, te pido
que, no débil mortal entre mortales,
me dejes habitar; séme piadosa,
y no permitas que envejezca un hombre
que con diosa inmortal amores tuvo.»

VIII

Pero la hija de Zeus le contesta:
«¡Oh glorioso mortal! ¡oh fuerte Anquises!
Ten confianza en mí; no temas nada;
ningún mal te amenaza; ni los dioses
te harán sufrir por mí: caro les eres.
Un hijo has de tener, prole querida
que entre troyanos reinará. Otros hijos
de su estirpe saldrán, y otros y otros.
Su nombre será Eneas, en recuerdo
del terrible dolor que me produjo
el yacer con mortal.—La mayor parte
de los mortales hombres que han logrado
por su ingenio y beldad ser semidioses
de tu raza nacieron. Así, al rubio
Ganimedes raptó, y en el Olimpo
entre dioses conserva su belleza
el providente Padre; Ganimedes
la bebida le sirve, ¡oh maravilla!,
honrado de inmortales, y escanciando

AFRODITA Y ANQUISES

rojo néctar, de crátera de oro.
Su padre, el rey troyano, amargo luto
guarda en el corazón: no se da cuenta
por dónde de aquel hijo le ha privado
una divina tempestad, y todos
los días le lloraba, hasta que a Zeus
inspiró compasión, y dió a aquel padre,
a cambio de su hijo, unos caballos
de pies veloces, que los dioses usan.
Se los dió para honrarlo: el Argicida
se los llevó, y le dijo, uno por uno,
los avisos de Zeus; Ganimedes
iba a ser inmortal, de vejez libre
para toda su vida. Y cuando hubo
escuchado aquel padre tal mensaje,
no más lloró después, sino en el alma
sintió placer. Veloces como el viento,
sus caballos feliz le conducían.
Y aquel Titono que llevó la Aurora
a su solio dorado, y semejante
era a los inmortales, de tu raza
también nació. Y al trono del Cronida
que rige negras nubes, va la diosa
a pedir que inmortal Titono fuese,
y por siempre viviera. Accede Zeus,
y realiza aquel voto; pero, ¡ay necia!,
no se acordó la Aurora veneranda
de pedir juventud para su amado
y a Titono librar de perniciosa



Guido Reni. — La Aurora conduce su carro, en el que va Títono.

AFRODITA Y ANQUISES

vejez. Y, es claro, mientras él fué joven amable, la nacida en la mañana enamorada Aurora le tenía, y gozaba con él, en su áureo trono, cerca de la corriente de Ocëano en los últimos lindes de la tierra; pero después que las primeras canas en la bella cabeza se esparcieron, y por la noble barba, ya la Aurora veneranda, en su lecho, se abstenía de él. Pero lo tenía en su palacio, le daba de comer ricos manjares, y le daba ambrosía, y le adornaba con bellas ropas. Mas cuando del todo le invadió la vejez aborrecible, y no podía ya mover sus miembros, tuvo de pronto la adorable Aurora una idea feliz: lo echó en la cama, y lo encerró tras de las puertas de oro. Y del viejo la voz siempre fluía, único resto del vigor que tuvo en sus ágiles miembros cuando joven.

IX

No yo a ti de este modo entre inmortales te quisiera inmortal, ni que vivieras por siempre así. Pero aunque ciertamente permanecieras en figura y cuerpo

EL PEQUEÑO POEMA

como ahora estás, y aunque marido mío
fuera llamado, no por eso, Anquises,
este dolor que siento por mi falta
del triste corazón desterraría.
Ciertamente que a ti vejez odiosa
pronto te invadirá. Y es la que a todos
los hombres llega sucesivamente:
la vejez fatigosa, sin entrañas,
portadora del mal, la que los dioses
con odio miran. Pero a mí me espera
vergüenza grande que sufrir a diario,
entre los dioses, por tu culpa, Anquises.
Pues los dioses temían mis coloquios
y los ardides con que muchas veces
los ayunté con míseras mortales,
y a todos con mi ingenio dominaba;
pero ahora tengo que cerrar mi boca,
que no más se abrirá. Castigo duro
tengo ya sobre mí; pagué mi engaño.
Debajo de mi faja llevo un hijo,
cuyo padre es mortal. Y ciertamente
cuando la luz del sol el hijo vea,
las Ninfas le criarán de las montañas
y los profundos valles, las que habitan
este monte divino y elevado,
las que ni son humanas ni inmortales,
mas viven largo tiempo, se alimentan
de comida inmortal, y entre los dioses
danzan y cantan en risueños coros.

AFRODITA Y ANQUISES

Y son las que persiguen los Silenos
y el Argicida explorador. Con ellas
en el secreto de apacibles grutas
escondidos confunden sus amores.
A tiempo que ellas nacen, los abetos
y encinas de altas copas, de la tierra,
nutridora de hombres, también surgen
florecientes y bellos en los montes.
Y altos están en pie; bosques sagrados
de dioses son, y nunca los mortales
con el hacha los talan. Pero luego
que se acerca la Parca de la muerte,
pronto los bellos árboles se agostan,
en derredor perece su corteza,
y caen las ramas, y en el tiempo mismo
abandonan la luz almas de Ninfas.
Estas a mi hijo nutrirán: con ellas
le han de tener; y en cuanto al niño llegue
la muy amable pubertad, las diosas
te buscarán y enseñarán tu hijo.
Y cinco años después, de la manera
como vengo diciéndote, yo misma
con el hijo vendré. Cuando este brote
vieren tus ojos, gozarás al verlo,
porque será a los dioses semejante.
A Ilión soberbia llevaráslo al punto.

X

Si algún hombre mortal te preguntara
qué madre, para ti, tu amado hijo
bajo su faja puso, dile sólo
(acuérdate muy bien) lo que te ordeno:
que en verdad concebido por la ninfa
Calicópide fué, que en este monte
paraje habita que revisten selvas.
Pero si no lo dices, y te ufanas,
necio, de esta pasión que por ti tuvo
la bella coronada Citerea,
airado Zeus, con su ardiente rayo,
Anquises, te herirá. Te he dicho todo
lo que te importa; guárdalo en la mente.
Calla, y no me descubras. Si lo haces,
tiembla por el enojo de los dioses. ▶
Esto Afrodita habló, y en el momento
disparada salió para el Olimpo.





NOTICIA DE LOS ARTISTAS

CUYAS OBRAS FIGURAN EN ESTE LIBRO

BOUCHER (Francisco).—Pintor y grabador célebre, nacido en París el 29 de Septiembre de 1703 y muerto en la misma ciudad el 30 de Mayo de 1770. Las extraordinarias condiciones que demostró para la pintura, en su juventud, le abrieron la puerta del estudio de Le Moine, en donde se seguían las tradiciones de Rubens. Vivió luego en casa del grabador Cars, que le ocupó en dibujar estampas destinadas al grabado. Allí le daban alojamiento, comida y 60 francos al mes, lo que parecía entonces a Boucher una fortuna. Compuso allí numerosos dibujos para la *Historia de Francia*, de Daniel, y ejecutó, al mismo tiempo, varios grabados a imitación de Watteau, cuyo talento admiraba. Dos años después, a los veinte de edad, ganó el premio de honor de pintura. Estuvo en Italia, y a su vuelta a París, se hizo rápidamente de rica clientela en el mundo de la banca y las *demimondaines*, adquiriendo así fortuna y celebridad. En 1734 fué recibido Académico, y treinta años más tarde nombrado

primer pintor del rey. Se había casado en 1733. De este matrimonio tuvo un hijo, que fué arquitecto, y dos hijas, que se casaron con pintores. Boucher murió agotado por el trabajo y los placeres. Pintor favorito de Luis XV, lo sacrificó todo a la gracia erótica, continuando las tradiciones de los Watteau y los Vanloo. Boucher pintó asuntos alegóricos, musas, gracias, ninfas; y asuntos religiosos, tan mitológicos como sus amores y escenas pastoriles. El Louvre posee algunos de sus cuadros: *Venus encargando las armas para Eneas* es una hermosa tela; las figuras, de tamaño natural, son de forma excelente dentro de su gracia convencional; el color, radiante de luz, es fino, variado, ligero y transparente. Esta obra está fechada en 1732. *El baño de Diana* es una verdadera perla, que lleva la fecha de 1742, y fué adquirida para el Museo en 1852, por la suma de 3.500 francos. Las pinturas y los dibujos de Boucher fueron grabados por todos los artistas de su tiempo. Madame de Pompadour, que era artista a ratos, reprodujo al agua fuerte algunos cuadros pastoriles de éste su pintor favorito.

(Del *Dictionnaire Larousse*.)

FLAXMAN (Juan).—Célebre escultor inglés, que nació en York el 6 de Julio de 1755 y murió en Londres el 7 de Diciembre de 1826. Seis años de edad contaba cuando fué llevado a Londres, donde su padre tenía una tienda de figuras de yeso: allí recibió el futuro artista sus primeras impresiones de arte. Durante la infancia necesitó hacer vida solitaria, a causa de su débil constitución y delicada salud; dibujando o leyendo por distracción, a su



capricho, estudió con más gusto y provecho que si hubiera estado sujeto a la disciplina de otra voluntad. A esta educación libre debe la espontaneidad y originalidad de sus obras. Poco más de diez años tendría, cuando despertó Flaxman la atención del reverendo Mathew, que le presentó a su esposa, dama muy instruída, la cual enseñó al niño las bellezas de las obras de Homero y Virgilio. Flaxman, al mismo tiempo, procuraba reproducir con pincel o lápiz las descripciones y relatos que herían su imaginación. Quiso luego leer en las lenguas originales las obras clásicas de griegos y latinos, y llegó a conseguirlo sin maestro. A los quince años ingresó como alumno en la Academia Real, en la que no quiso sacrificar su independencia de todo método demasiado exclusivo. En 1770 expuso por primera vez: su obra fué una figura de Neptuno en cera, que le ganó una medalla de plata. Entonces se presenta a concurso para la de oro, y viéndose pospuesto a un compañero sin talento, indignado, renuncia a concurrir en lo sucesivo. Para atender a sus necesidades tuvo que dedicarse a dibujar y modelar para otros, viviendo, gracias a su frugalidad, con la modesta remuneración de estos trabajos. Casó en 1782 con Ana Denman, que le acompañó en su viaje a Italia. Entonces era ya célebre, gozaba de gran favor, y vivía con esplendidez del producto de los numerosos bustos que había dejado en Londres.

En Roma hizo los dibujos que reproducen las principales escenas de la Iliada y la Odisea, los Trabajos y Días de Hesíodo, la Teogonía, las tragedias de Esquilo y la Divina Comedia del Dante. Mérito común a todas sus composiciones, y que le



asegura un puesto distinguido en la historia del Arte, es la afortunada e imprevista combinación en Flaxman de las cualidades propias de la pintura con las de la escultura. De regreso en Londres, y habiendo ganado en Italia fama, ciencia y fortuna, ejecutó la obra escultórica *Mausoleo de Lord Mansfield*. Era un artista infatigable: dejó más de treinta monumentos funerarios. Entre los grupos más perfectos, debidos a su cincel, figura el de *San Miguel combatiendo a Satanás*, y su obra más asombrosa, por la riqueza inagotable de sus combinaciones, es el *Escudo de Aquiles*, bajorrelieve que compuso siguiendo la descripción de Homero en la *Ilíada*, para el que tuvo que hacer más de 2.000 figuras, y que ejecutó cuatro veces en plata sobredorada.

(De varias *Enciclopedias*.)

RENI (Guido).—Hijo de Daniel Reni, excelente músico, Guido nació en Bolonia en 1575, y desde la edad de nueve años abandonó el estudio de la música, para dibujar figuras que asombraban a todo el mundo. Entonces su padre lo colocó en el estudio de Dionisio Calvaert, pintor flamenco, al lado del cual hizo en poco tiempo Guido tales progresos, que el maestro vendía cuadros de su discípulo sin retocarlos casi, y también sin poner en manos de éste el producto de aquéllos. Tales motivos decidieron a Guido a romper con su maestro y a entrar en la escuela de los Carraches. Estos no tardaron en reconocer en su nuevo discípulo las más felices disposiciones para la pintura; Luis y Aníbal Carrache le tomaron cariño; y aunque es de sospechar que más adelante se tornaron envidiosos de sus triunfos, al principio no perdonaron medio

de desarrollar y perfeccionar su talento. El mismo Aníbal fué quien le sugirió la idea de abandonar la escuela sombría de Miguel Angel Amerighi, el Caravaggio, para tomar derroteros opuestos, con lo que consiguió el asombro, primero, y los sufragios, después, de las gentes de buen gusto. Uno de los caracteres más pronunciados del talento de Guido Reni, y que constituye en algún modo su constante fisonomía, es su manera de pintar, a la vez atrevida, fácil, firme y jugosa. El cuadro de *Venus y las Gracias* fué pintado para el palacio de Kensington, en Inglaterra; el de *La Aurora*, obra maestra de Guido, se ve en un techo del palacio Rospigliosi, en Roma, donde el pintor, en todo el apogeo de su gloria, fué un día recibido en triunfo, y los cardenales enviaron a su encuentro sus carrozas, como si se tratase de honrar a un embajador. En sus últimos años la fortuna le volvió la espalda, y tuvo que trabajar precipitadamente para obtener módicas sumas con que vivir. Murió en 1642, a los sesenta y siete años de su edad, olvidado de sus protectores y abandonado de sus amigos.

(De *Duchesne aîné* en el «Musée de Peinture et de Sculpture», dibujo y grabado al agua fuerte por Réveil.—Paris, 1829.)

OTRA NOTA.—Debo hacer constar mi gratitud al artista D. Cándido Banet y Arroyo, antiguo y muy querido amigo mío, Catedrático hoy de Dibujo en el Instituto de Murcia. Él me ha ayudado a elegir y colocar los dibujos de Flaxman en el poema de Hesíodo, así como a componer alguno de ellos con elementos del propio dibujante inglés.

Y puesto a liquidar obligaciones, he de declarar

las que debo a distintos amigos, con ocasión de la presente obra. En primer lugar, ésta no habría nacido si D. Manuel Angel, conocidísimo dibujante y crítico de arte, no hubiera estado una tarde en la Biblioteca del Senado a pedirme alguna traducción castellana del poema *Trabajos y Días*. Como la traducción no existía en dicha Biblioteca ni en ninguna otra, tuve yo que hacerla para complacer al peticionario. Por otra parte, la versión del llamado himno homérico a Afrodita la llevé a cabo por instigación del notable poeta, médico y humanista don Luis Marco, el cual se tomó el trabajo de hacer una traducción literal del himno, que me entregó para facilitarme la tarea. Otro amigo mío, el reputado y estudioso arquitecto D. Mariano Marín, Catedrático de la Escuela de Artes y Oficios de esta Corte, me habló de los dibujos de Flaxman, para que con ellos ilustrase mi obra. Los tres han contribuído a que ésta se presente al lector en la forma en que aparece, y yo me complazco en rendirles públicamente mi gratitud.

También tengo que expresarla, muy honda, a mi compañero en la Biblioteca del Senado, el veterano políglota D. José Ontañón y Arias, que ha tenido la complacencia de corregir conmigo las pruebas de este libro, y de iluminarme muchas veces con su claro y erudito criterio.

Además, he sido auxiliado eficazmente en mi tarea por las siguientes versiones, que he tenido a la vista y que he consultado en todas mis dudas: para el poema de Hesíodo, la traducción latina de F. S. Lehrs, hecha palabra por palabra, publicada en la Biblioteca Didot, de París, y las francesas de M. Bergier y de Lecomte de Lisle, así como los tra-

bajos críticos de que hablo en el estudio preliminar y en las notas; y para el himno homérico, la traducción latina, anónima, dada a luz en la citada colección Didot; la literal, publicada por D. José Banqué, sabio Catedrático de Lengua y Literatura griegas de la Universidad de Barcelona, primera que ha visto la luz en castellano, y la literaria, que hizo en catalán el eximio poeta Juan Maragall. En paz con todos, y *laus Deo*.

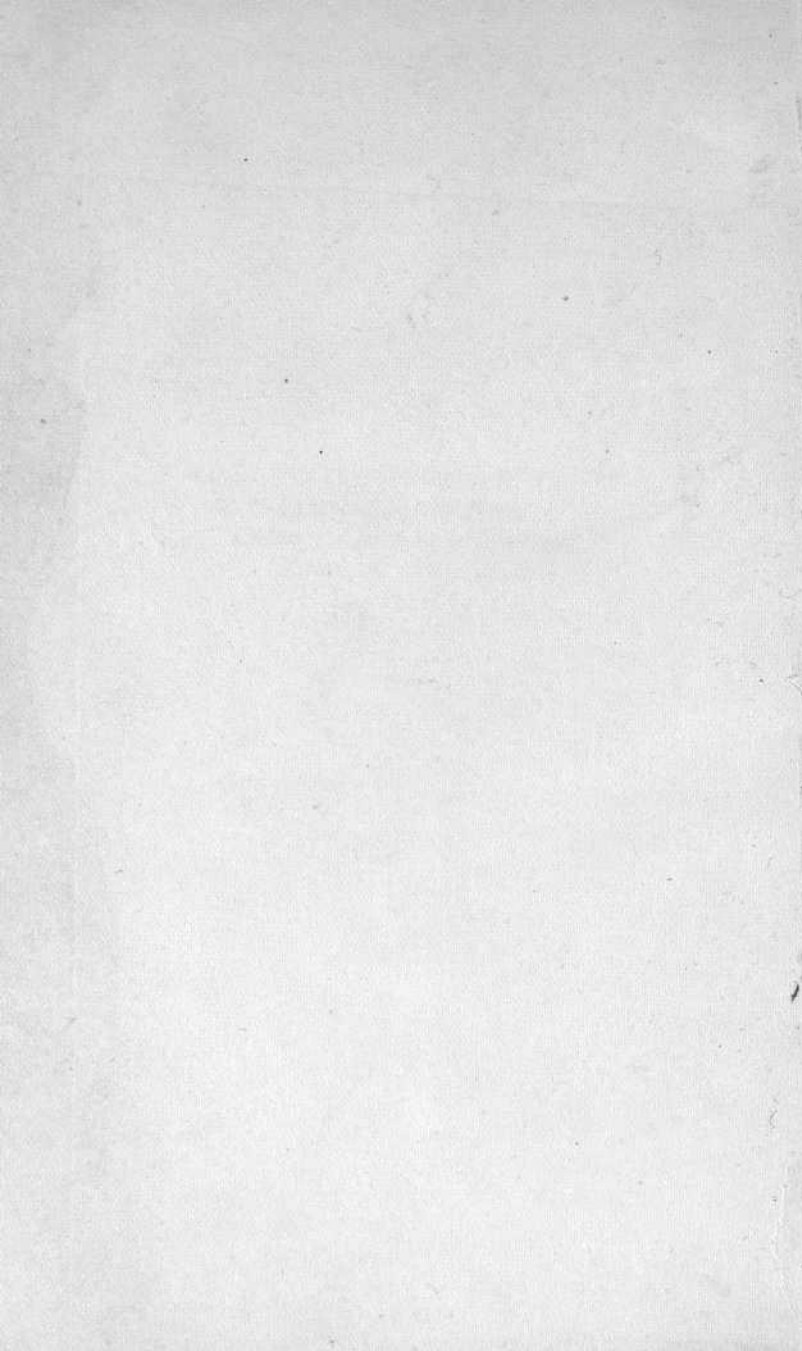


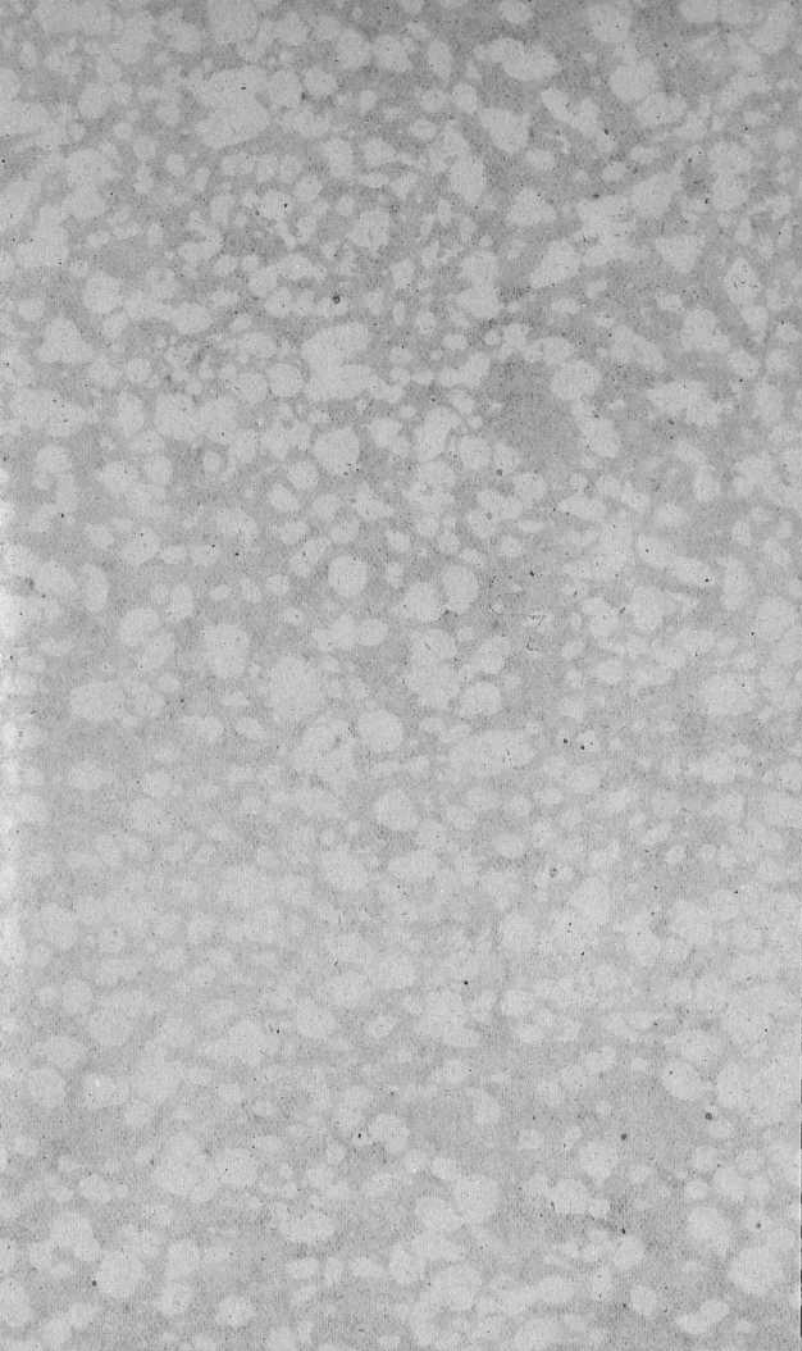
*Acabóse de imprimir esta 2.^a edición
en el Establecimiento tipográfico
«Nieto y Comp.^a».—Madrid,
Tutor, 16, el día 11 de
Diciembre
de 1920.*

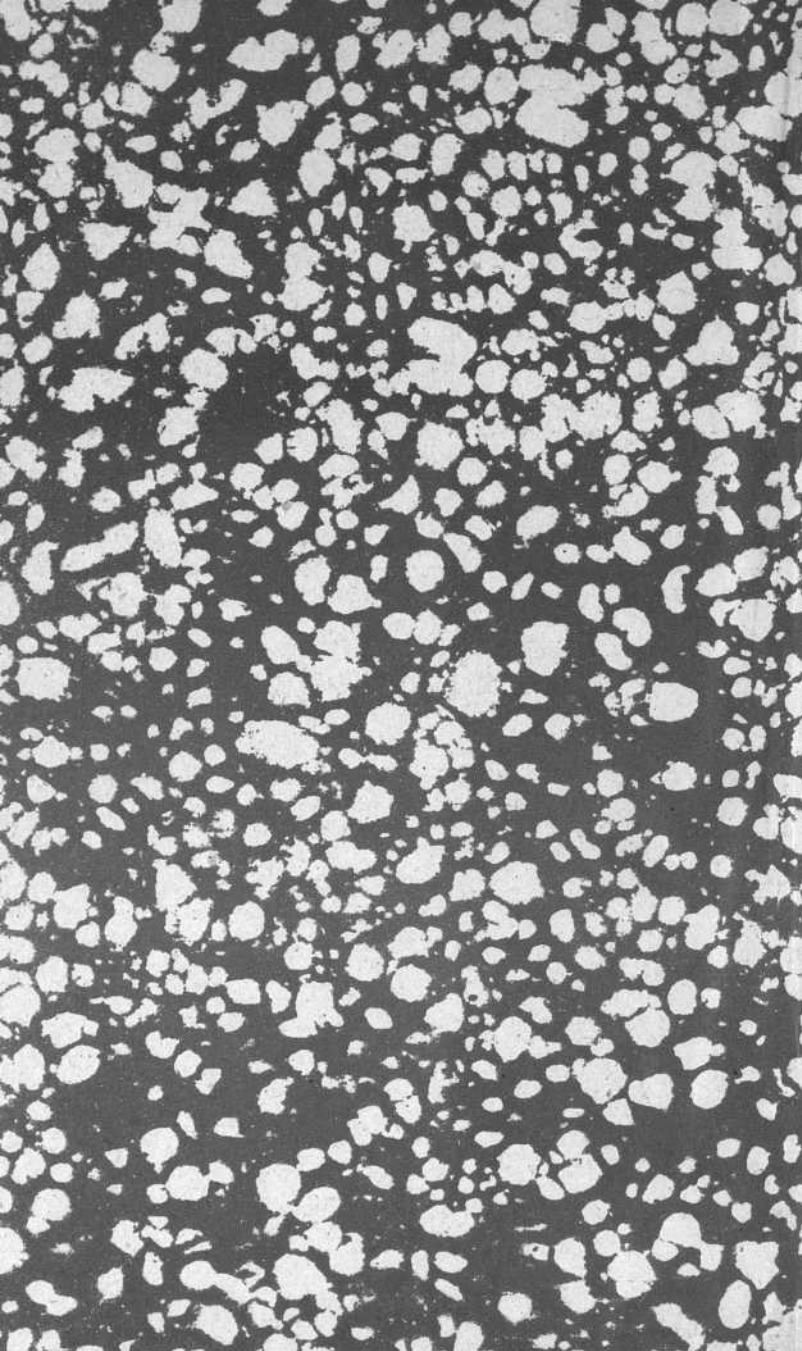


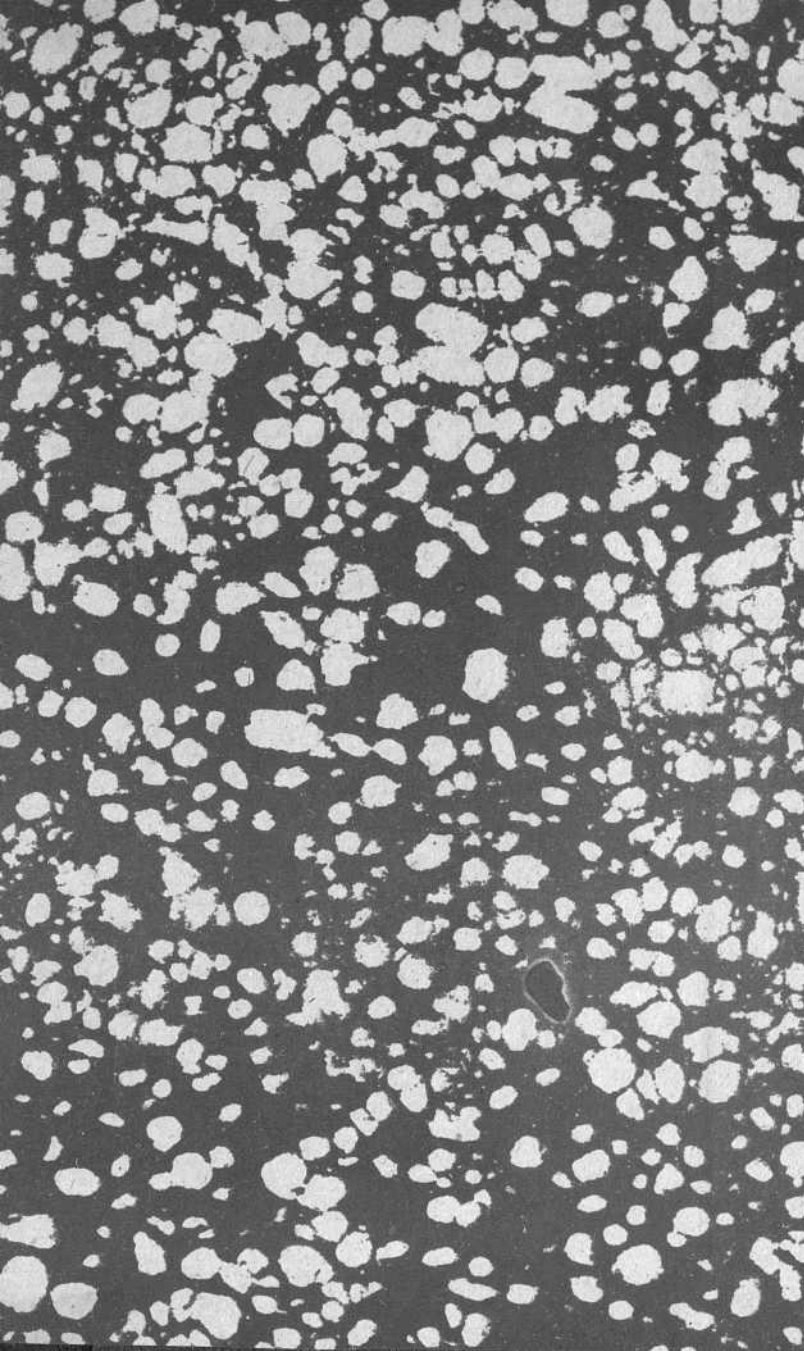
BIBLIOTECA
DEL
INSTITUTO PROVINCIAL
SORIA

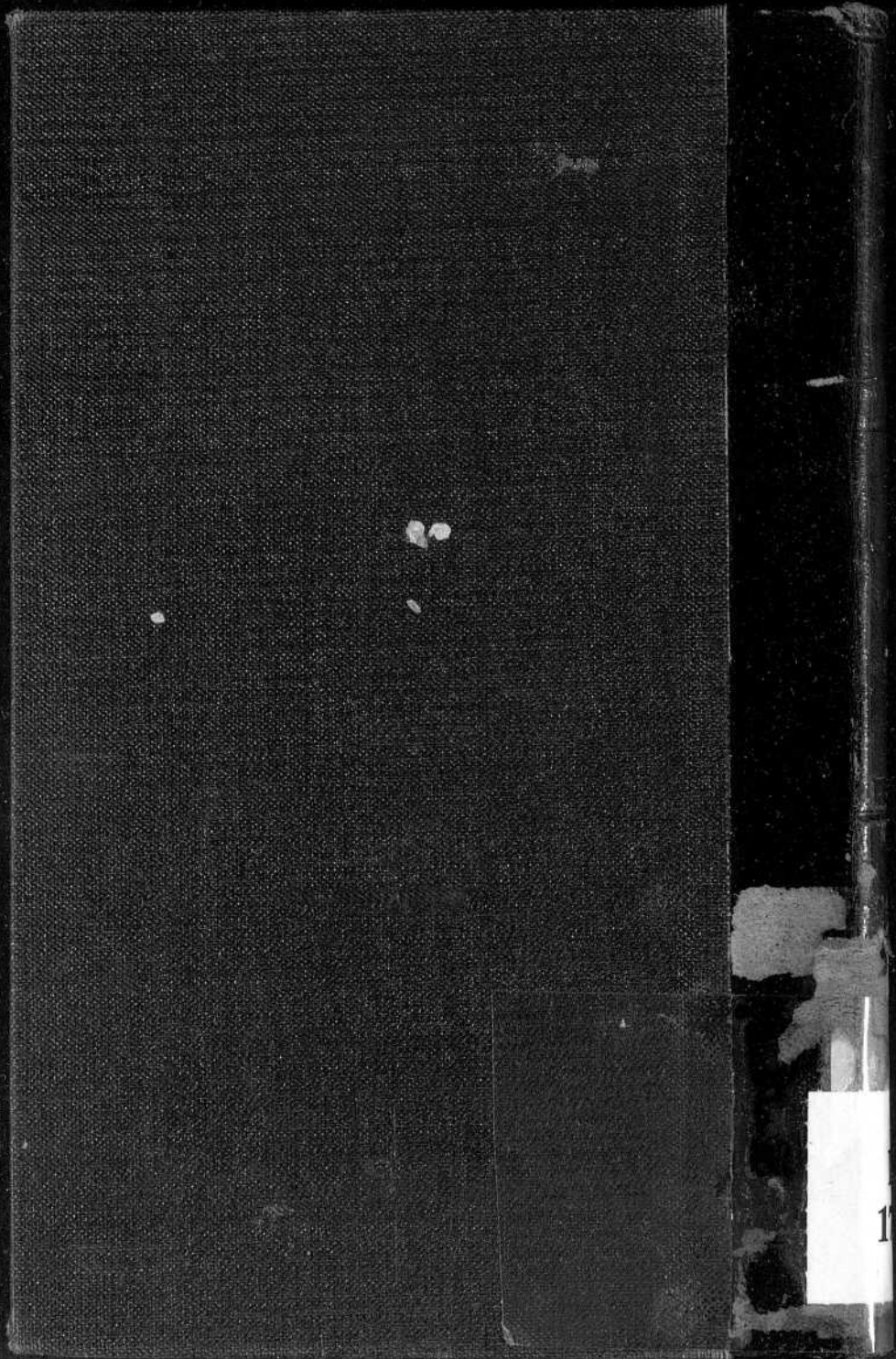












1

D-2
17588